

SUPLEMENTO ESPECIAL DE **Página 12**

A 20 años de la asunción de Néstor Kirchner

El hombre que cambió la Argentina

Escriben:

Jorge Alemán / Eduardo Aliverti / Taty Almeida / Baltasar Garzón / Luciana Bertoia / Atilio Boron /
Luis Bruschtein / Estela de Carlotto / Sebastián Cazón / Nora Cortiñas / David Cufre / Eduardo Fabregat /
Abel Furlán / Mempo Giardinelli / León Gieco / Victoria Ginzberg / Martín Granovsky / Irina Hauser /
Raúl Kollmann / María Pia López / Gisela Marziotta / Karina Micheletto / Melisa Molina / María Moreno /
Teresa Parodi / Adolfo Pérez Esquivel / Sandra Russo / Víctor Santa María / María Seoane / Hugo Soriani /
Washington Uranga / Nora Veiras / Mario Wainfeld / Felipe Yapur / Alfredo Zaiat



Generación diezmada

Por Jorge Alemán

La gran apuesta de Néstor Kirchner fue asumir su presidencia inscribiéndose de entrada en una corriente histórica. No dudó ni un instante en asumir un punto de partida bien difícil: los valores y las convicciones de la generación diezmada. Aquella generación que había estado determinada por la narrativa histórica de la Revolución. En cambio a Kirchner necesariamente la Historia lo convocaba desde el lugar de la pos revolución y desde ese lugar, sin embargo, se proponía algo nuevo.

Por ello sabía, que al invocar a aquella generación no se trataba solo de un ejercicio testimonial, de un homenaje surgido del trabajo noble de la memoria. La pregunta crucial que lo atravesaba, la tensión inaugural de su proyecto, era por un lado, la fidelidad a aquella generación sacrificada en el altar de los proyectos históricos y, por otro, la construcción de una nueva nación a partir del movimiento nacional y popular.

Por esta pendiente, su decisionismo irreductible generó un hecho inédito en el mundo contemporáneo: anudar de un modo serio y consistente los derechos humanos, su excelente trabajo con la Memoria la Verdad y la Justicia, con la tradición peronista expresada en el movimiento nacional y popular.

Si en el resto del mundo la realidad de los Derechos Humanos se desarrolla siempre en el interior de una lógica de Estado, donde su existencia siempre puede naufragar en razón de las distintas trabas institucionales, en Argentina en cambio, Madres, Abuelas, Hijos y los distintos organismos, se constituyeron en un sujeto político.

Dada la evidente fragilidad que las memorias de los genocidios muestran en distintos lugares del mundo, se le debe a Néstor Kirchner haber realizado una articulación inaugural entre Derechos Humanos, Estado y el movimiento nacional y popular. Este es el verdadero secreto de la permanencia irreductible de la memoria histórica como valor político actual. Organizar las políticas de los derechos humanos como una práctica política que vuelve a interpelar, una y otra vez, la realidad política argentina.

Así, en la apuesta de Kirchner por las convicciones de la generación diezmada no había solo un homenaje, sino una verdadera lectura del legado histórico.



Presidencia

Los dos Kirchner a la vez

Por Eduardo Aliverti

Uno se cuenta entre aquellos que no tenían mayores datos, ni grandes esperanzas, acerca del pingüino.

Santa Cruz, desde la clásica mirada porteña, era asimilable a la opinión mayoritaria sobre los “feudos” peronistas.

Como mucho, en el micro mundo politizado de los detalles, Kirchner no encajaba del todo en la semblanza del caudillo tradicional. Quizás porque habían circulado videos que lo mostraban como un peruca de gestualidad progre, en contraste con el fílmico y las declaraciones más antiguas que lo exhibieron simpatizando con Menem. Quizás porque, siempre hablando de los comentarios en espacios cerrados, había ya el peso de Cristina a su lado, como figura que por alguna razón asomaba algo así como disruptiva. O quizás y sencillamente porque “lo patagónico” es pertinaz en eso de ofrecer una imagen llena de incógnitas y certidumbres capaces de dar sorpresas. U otros quizás por el estilo.

Como impacto personal, la primera imagen, la más vívida, fue su asunción descontracturada y aquella necesidad de bañarse en multitudes, que le costó el corte en la frente. Podrá parecer un señalamiento algo frívolo, pero, viniéndose como se venía de la exigencia de que se fueran “todos”, hubo algo en esa toma de mando que implicaba volver a contemplar “la política” de manera siquiera expectante.

Después siguieron días de hiperactividad constante que dejaban asombrado al mundillo de Casa Rosada y al de los analistas, incluso del palo propio. Todos los gestos de Kirchner, empezando por su acercamiento inmediato a Madres y Abuelas, conducían a inferir que había llegado otra cosa.

El 4 de junio se produjo el sacudón que lo confirmaría, cuando decidió avanzar sobre la Corte Suprema de “mayoría automática” que había armado Carlos Menem.

El párrafo más destacado de aquella cadena nacional que conmovió al país fue, probablemente, el usado para pedirle a los legisladores que tuvieran “el coraje y la firmeza” para marcar “un hito hacia la nueva Argentina”. Siguió con eso de que no quería “nada fuera de la ley”. Y que por tanto utilizaría “los remedios de la Constitución” para cuidar una Corte que sumara calidad institucional, siendo que “la actual dista demasiado de hacerlo”.

Pero no fue todo porque, logrado que el Congreso sustanciara el juicio político, aceleró también con el sistema para la selección de nuevos jueces. Publicidad de sus antecedentes, posibilidad de que los ciudadanos pudieran presentar opciones a sus candidaturas y hasta la realización de audiencias públicas, para que los propuestos debieran responder preguntas.

La historia posterior es conocida en cuanto al rumbo definitivamente progresista que tomó su gobierno, pero a no dudar de que esa ofensiva sobre una Corte abyecta fue un símbolo supre-



Telam

mo, justamente, del cambio que no tendría retrocesos.

“Lo que no hacés en los primeros cien días...”. ¿Quién no tuvo presente esa sentencia política cuando el Presidente sí los empleó para hacer de todo?

El 27 de octubre de 2011, a un año de la muerte de Kirchner, Carlos Tomada publicó en el sitio oficial del Ministerio de Trabajo su artículo “Aquellas pequeñas cosas”.

Reflexiona allí que el Kirchner militante y el Kirchner Presidente eran lo mismo.

Cuenta que esos dos Kirchner a la vez no dudaban en llamarlo diez veces en un día, a él, al ministro, para interiorizarse sobre algún problema. O para señalar un camino. O, simplemente, para apurar una solución.

Aquí cabría agregar la obviedad, o no tanto, de que con todos los ministros hacía lo mismo. Y más hacia abajo también. De hecho, el escenario político de entonces está plagado de anécdotas acerca de la obsesión diaria de Kirchner con el seguimiento de cada área del gobierno.

En el párrafo final de la nota, Tomada refiere “desde la emoción” a un episodio que, dice, no se cansa de recordar.

Fue cuando, a pocos días de asumir como Presidente, en un tono casi confesional, Néstor le sugirió que todos los días hiciera algo, grande o chico, para que el pueblo viviese mejor. Y que de esa forma, Argentina se parecería en unos años a la que “siempre soñamos”.

Añade que Kirchner tuvo razón también en eso.

El artículo del exministro, subrayemos, es de 2011. Podía adjudicársele a Kirchner haber tenido razón. O bien, transcurrir y marchar hacia ella con datos incontestables.

Tomada memora las palabras del discurso fundacional de Néstor.

“Sabemos que el mercado organiza económicamente, pero no articula socialmente. Debe-

Nuestro hijo

Por Taty Almeida *

mos hacer que el Estado ponga igualdad, allí donde el mercado excluye y abandona”.

Y en efecto, durante su presidencia comenzó el período más prolongado de generación de empleo. Se potenciaron las negociaciones colectivas. Se sacó del cajón al Consejo del Salario Mínimo, Vital y Móvil. Se aumentaron nueve veces los montos jubilatorios y, con una moratoria, se recuperó de la exclusión a más de 2 millones de trabajadores que, por las políticas de los '90, no tenían aportes. Se intensificó la lucha contra la informalidad. Se instaló la Asignación Universal por Hijo. Y sigue la lista.

No está nada mal el recordatorio de lo que había pasado con los jubilados, sobre todo o en lugar preferencial, porque se procedía de que quisieran quitarles el 13 por ciento de sus haberes, en cabeza ejecutoria de la misma Patricia Bullrich de hoy (una manera de decir, porque Patricia tiene la historia de no haber sido nunca la misma. O sí. O todo lo contrario).

La cuestión es que ese proceso recuperador de derechos populares nació con lo estipulado y dirigido por Kirchner en los primeros días, semanas, meses, de la gestión que cambió a un país en el que ya no confiaba prácticamente nadie.

Más todavía: repasen los editoriales y columnas de la prensa del momento.

Todos estaban sorprendidos por la positiva, incluyendo a la derecha a pesar de sus preven- ciones.

Joaquín Morales Solá, desde *La Nación*, apuntaba que “una de las cosas más valiosas que ha hecho Kirchner ha sido, sin duda, la reinsertión de la Argentina en el mundo, de donde había sido virtualmente expulsada en los meses finales del gobierno de De la Rúa”. 2 de septiembre de 2003.

El País, de España, misma fecha, editorializó que “Kirchner cumple cien días de éxito, logrando un apoyo masivo por su forma de gobernar en sus primeros meses en el poder”.

Y *Clarín*, dos días antes, copeteó que “a puro vértigo, el Presidente ya produjo un aluvión de hechos políticos”.

Vaya.

¿Cómo hizo ese tipo para generar semejante consenso?

Podrán argüirse variadas razones de raíz intelectual, sociológica, coyuntural. Etcétera. La más difundida, o aceptada, es que Kirchner supo “leer” lo dramático de la instancia que se vivía. Otra, que goza de consenso entre los sectores reaccionarios y conservadores, es que apenas aprovechó el campo orégano de condiciones internacionales muy favorables (el precio de las materias primas que Argentina exporta, en primer término, como si circunstancias propicias de esa naturaleza no hubieran sido, y fueran, usufructuadas para joder al pueblo).

Lo que se quiera.

Pero una clave, como condición no suficiente pero necesaria, es eso de que hubo dos Kirchner a la vez, direccionados al mismo objetivo reparador de las grandes mayorías.

El militante y el Presidente.

Tengo tres hijos, Jorge, Alejandro y María Fabiana. El segundo de mis chicos, Alejandro Martín Almeida, está detenido-desaparecido desde el 17 de junio de 1975. Alejandro estaba cursando primer año de medicina, trabajaba y era un militante político. Hace ya veinte años que otro hijo, nuestro querido Néstor Kirchner, asumió como Presidente. Era otro hijo, como él mismo lo reconoció ante las Naciones Unidas, cuando dijo que era hijo de las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo.

A Néstor no lo voté, porque en esa época estaba de viaje en España, pasando unos días con parte de mi familia que vive allí. Cuando estaba en España, antes de las elecciones, me llamó mi hija Fabiana y me dijo: “mamá, sigue ganando el Turco, para que no gane vamos a votar a un tal Kirchi, Kircher, algo así...”. ¡Ni siquiera sabía bien el apellido! Tiempo después se lo comenté a Néstor y a Cristina. Ellos se rieron y recordaron que en esa época salían y veían en las paredes el apellido mal escrito. No los conocían bien.

En una de las tantas veces que Néstor nos recibió a los organismos de derechos humanos, le dije: “No te voté porque no estaba”. El me respondió: “Ya sé Taty”. Y me abrazó. No fue un abrazo de compromiso. Me abrazó y sentí su cariño. Me dije: “Este es mi Presidente”. Y no me equivoqué. No nos equivocamos.

Néstor fue el primer presidente que nos escuchó, que tomó a los Derechos Humanos como política de Estado, no de un partido ni de un gobierno, sino de un Es-

tado presente. Fue el primer presidente con el que, gracias a la lucha ineludible de los organismos de derechos humanos y de tanta gente que nos acompañaba y con la que exigíamos justicia, pudimos seguir juzgando y condenando a los genocidas y sus cómplices, gracias a la anulación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

Nosotras siempre reclamamos por la justicia, legalidad, nunca apelamos a la mano propia, pero por las leyes de impunidad dictadas durante el gobierno de Raúl Alfonsín no podíamos seguir juzgando a los responsables de las violaciones a los derechos humanos en la Argentina durante la dictadura cívico militar clerical. Ese compromiso que asumió Néstor de tomar a los derechos humanos como política de Estado fue el mismo compromiso que continuó Cristina Kirchner. Fueron diez años en los que nadie ofendió la memoria de nuestros hijos y seguimos juzgando a los genocidas.

Lamentablemente luego de esos gobiernos nacionales y populares vino la primera pandemia: Mauricio Macri y compañía. Me viene a la memoria también ese 27 de octubre de 2010. Cuando estaba escuchando la radio y Víctor Hugo Morales dijo: “Me acaban de comunicar que Néstor Kirchner ha fallecido”. Lloré y grité como una loca. Somos muchos los que hasta el día de hoy no nos conformamos. ¡Querido Néstor, qué falta que nos hacés!

* Integrante de Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora.



! Gonzalo Martínez

Un hombre que luchó contra la impunidad

Por Baltasar Garzón Real *

A lo largo de los años uno va guardando en el baúl de los recuerdos algunas experiencias vividas. Y en ello hay de todo, lo dulce y lo amargo. Todas son importantes, porque de ellas hemos aprendido, nos hemos fortalecido o simplemente nos reconfortan e incluso nos hacen disfrutar al traerlos a presente. Todo ello integra nuestro acervo vital en el que, a veces, algún hecho por sus circunstancias, relevancia o desarrollo, ocupa un lugar preeminente. El paso del tiempo, contribuye a engrandecerlos o empequeñecerlos. En el segundo caso acaban por ser nada, mientras que en el primero la selección natural que nuestra mente produce, les va dando formas de acontecimiento singular. Es bueno, en definitiva, reflexionar, analizar lo acontecido como consecuencia de aquellos hechos relevantes en la historia de un país o en la propia vida. Aunque es cierto aquello que dice el poeta de que al volver la vista atrás se ve la senda que nunca más se ha de volver a pisar. Sí es positivo recordar las efemérides, y también lo es atesorarlas muy dentro. Para mí, uno de esos momentos clave que no se olvidan, fue la elección en 2003 como presidente de Argentina de Néstor Kirchner.

Argentina es un país que llevo en el corazón y, por tanto, todo lo que ocurra me entusiasma o me lacera. Después de unos años tan nefastos como fueron los últimos del siglo XX y primeros años del XXI, asumió un líder que tenía una idea de país acorde con los verdaderos valores de un pueblo valiente que había superado momentos sumamente difíciles, al que habían ido degradando unos pocos sujetos que antepusieron su interés al de los ciudadanos; un líder que inició su mandato de forma simbólica y decidida para que la impunidad que había regido durante décadas desapareciera; un líder que hacía frente a la política imperialista de quienes a través del sometimiento



INA

miento económico financiero habían arruinado a un país.

En lo profesional, me sentí preocupado, porque en aquella época yo tramitaba el caso por crímenes de lesa humanidad contra responsables de la dictadura cívico militar argentina y su llegada supuso la anulación de los decretos restrictivos de la cooperación judicial impuestos arbitrariamente por los presidentes anteriores, además de otras importantes decisiones que tomó para dejar claro que la defensa de las víctimas y la persecución de los perpetradores sería una prioridad en su mandato.

He tenido la fortuna de experimentar a lo largo de mi vida algunos de estos momentos especiales, que de tanto en tanto recuerdo con cariño y emoción. Uno de ellos, sin duda, fue en 2005, cuando conocí a Néstor Kirchner.

La mano derecha

Conocí a Néstor cuando el Congreso argentino y la Corte Suprema (junio de 2005) habían anulado las leyes de Obediencia Debida y de Punto Final; es decir, cuando ya era factible que los procedimientos judiciales se reanudaran en el país que había sufrido la crueldad de sus dirigentes durante siete largos años de dictadura y casi 20 de impunidad marcando de por vida a miles de mujeres y hombres que lucharon por la libertad y la democracia. Me recibió en la Casa Rosada y mantuvimos una larga conversación sobre una serie de temas, que eran precisamente aquellos que genuinamente le inquietaban. Quería opiniones sobre la mejor forma de abordarlos para resolverlos o, al menos, realizar un cambio sustancial. Era como si supiera que su mandato sería breve y que con tan solo cuatro

años de gobierno no tenía tiempo que perder si deseaba hacer transformaciones reales en su país. Le preocupaban los derechos humanos, y en particular que la justicia respondiera al clamor popular que demandaba respuestas frente al olvido y la impunidad por los crímenes cometidos. Argentina había dado ejemplo al mundo con el llamado “juicio a las juntas”, un acontecimiento llevado recientemente a la gran pantalla en la película *Argentina, 1985*, magistralmente protagonizada por Ricardo Darín; pero luego llegaron las leyes de la vergüenza, que acabaron solo gracias a la fuerza de las víctimas, de la mano de un presidente que ejerció de tal. El presidente Kirchner dedicó un tiempo impresionante a conseguir que la acción de la Justicia hiciera lo que tenía que hacer. Creo que esto hoy ocupa un lugar central

dentro de su amplio legado.

Mi primera visita fue en compañía de Héctor Timmerman, a quien había conocido en Nueva York siendo él cónsul y yo senior fellow en New York University. Allí se inició una buena relación de amistad que duró hasta su temprana muerte. Un día de aquel año Héctor me dijo: “Tienes que venir a Argentina a dar unas charlas con Estela de Carlotto y con Cristina Fernández de Kirchner y a lo mejor conocerás al presidente Kirchner.” “Bueno, pues vayamos –dije yo–, será un placer y un honor”.

Así fue. Llegamos a la sede presidencial y, antes de entrar al despacho, Héctor me advirtió: “Mira, Néstor es un hombre muy nervioso. Normalmente una entrevista no dura más de 20 minutos. Si tú ves que con la mano derecha se golpea la rodilla, es que ya nos tenemos que ir”. Tras esta advertencia quedé totalmente alerta, a la espera de ver el momento en el que el Presidente empezaba a mover la mano derecha. Durante nuestra conversación, que duró mucho más de veinte minutos, le miraba a él, miraba su mano derecha y su rodilla. Pero continuábamos hablando sin llegar a ver la señal de “retirada”. Recuerdo que crucé mirada con Héctor, quien, sorprendido, me hizo un disimulado gesto de incompreensión.

Néstor contra la impunidad

Hablamos bastante y, en un momento determinado, el presidente me interpeló: “Doctor, hizo usted muy bien con pedir la detención de varios militares, pero es que, si luego no lo llegan a hacer los jueces de aquí, yo se los subo en un avión y se los envío a España para que los juzgue usted”. Se refería a los más de 40 militares argentinos cuya detención ordené en mi condición de juez instructor en 2003, reclamando su extradición al gobierno de España, en ese momento presidido por José María Aznar. Por cierto, la extradición fue de-

negada, pretextando que las leyes de impunidad habían sido derogadas, a pesar de que sabían que su derogación, en esos momentos, no permitía su enjuiciamiento. No hasta que se anularan dos años después.

Las cosas en España, desde la resolución del caso Pinochet en adelante, habían cambiado, y apareció la verdadera cara de un gobierno que nunca había creído en la jurisdicción universal como mecanismo de justicia en favor de las víctimas. En España no se reactivaría la causa hasta que un nuevo gobierno progresista llevara a cabo el cambio de fiscal general y este, a su vez, encargara a la fiscal Dolores Delgado sumarse a las acusaciones particulares y populares en el ejercicio de la acusación. El juicio en el caso Scilingo y su condena por la Audiencia Nacional en ese mismo año, supuso un antes y un después en el combate judicial contra este tipo de crímenes horrendos. Tras la anulación de las leyes, se activaron todos los procesos, hasta hoy, en los tribunales argentinos, dando ejemplo al mundo de lucha contra la impunidad. Néstor Kirchner fue elemento angular para que esto fuera así. Sin embargo, hoy esa misma Corte Suprema, con otros componentes, está poniendo en riesgo los logros conseguidos y, con ello, de producirse ese atentado, serían responsables de la revictimización de esos miles de personas que aún esperan justicia.

Aquella entrevista con Néstor Kirchner finalmente duró casi hora y media y, debo decirlo, tuve que ser yo quien dijera: "Presidente, nos tenemos que marchar". La primera dama nos esperaba en la antigua Escuela de Mecánica de la Armada –ESMA–, ya reconvertida y resignificada como sitio de memoria. Con Cristina Fernández, con las Abuelas y las Madres de Plaza de Mayo, debíamos hacer el circuito conmemorativo y de dignificación de su lucha incansable, que despliegan hasta el día de hoy.

Un hombre honesto

Desde ese primer encuentro mi relación con él fue muy próxima: fui testigo privilegiado de cómo el Presidente mantuvo siempre el mismo criterio, actuando con la misma honestidad y determinación. Su impulso firme consiguió que en América latina se le tuviera un respeto que traspasó las fronteras y trascendió al mundo entero. Lograr como logró, que líderes de otros países hicieran desaparecer sus diferencias y de nuevo volvieran las aguas a su cauce, fue algo sin duda trascendental.

Pienso sobre todo en la creación de la Unasur, ideada en 2004 y creada en mayo de 2008, durante la segunda presidencia de Lula. Tanto él como Néstor Kirchner, junto a Hugo Chávez y Evo Morales, fueron los principales gestores de ese espacio político, económico, social y cultural. Lamentablemente Argentina abandonaría después este foro, de la mano de Mauricio Macri y a impulsos de Donald Trump, junto a otros mandatarios de la más rancia derecha del tipo de Lenin Moreno, Jair Bolsonaro, Sebastián Piñera, Iván Duque y Horacio Cartes. La excusa fue la aparente falta de liderazgo del organismo y la supuesta necesidad de fortalecer el Grupo de Lima y crear un organismo más amplio –dijeron– que acabó convirtiéndose en el inoperante Prosur. Con el regreso de los gobiernos progresistas en Latinoamérica, la derecha extrema ha ido retrocediendo y se ha retomado el camino de Unasur y el de la Celac. Este es el camino, sin el paternalismo interesado de EE.UU.

Con el respaldo de Lula, Néstor Kirchner llevó a cabo otro hecho histórico: Argentina canceló en 2004 una cuota de 3.100 millones de dólares con el FMI a pocas horas de que terminase la moratoria. Brasil y Argentina se comprometieron a buscar nuevas maneras de negociar juntos con el Fondo. Para Lula la alianza con Argentina suponía la posibilidad de hacer obras públicas y

gastar en planes sociales para dinamizar una economía en descenso. Así mismo, el 5 de noviembre de año siguiente, con motivo de la IV Cumbre de las Américas, celebrada en Mar del Plata en el que debía ponerse en marcha el Área de Libre comercio para las Américas, Néstor Kirchner lideró con Lula y Hugo Chávez un memorable enfrentamiento con el presidente del país norteamericano George W. Bush que supuso la desactivación del ALCA.

Como ven, cuando las fuerzas progresistas trabajan en común, los países salen adelante. Son las ideologías ultraconservadoras las que provocan la desgracia de las naciones. Néstor Kirchner hizo estas cosas y para mí, como para muchos otros, fue todo un referente.

Dos fotos

En mi despacho profesional de Madrid se pueden ver dos fotos tomadas en Argentina que considero de un valor incalculable. En una aparezco flanqueado por Estela de Carlotto y Hebe de Bonafini el 1º de marzo de 2012 en la Cámara de Diputados, donde Cristina Fernández de Kirchner, me honró con un reconocimiento público, después de la condena que había sufrido en España, que supuso mi inhabilitación como juez por 11 años (condena que, por cierto, posteriormente en 2021 fue declarada parcial, arbitraria y contraria al debido proceso por el Comité de Derechos Humanos de Naciones Unidas). En mi suspensión previa como juez, por adelantar la investigación en España de los crímenes franquistas, de lo cual me enorgullezco, también hubo un hecho relevante y emotivo para mí. El 15 de mayo de 2010, un día después de aquella suspensión, la presidenta Fernández de Kirchner, que asistía a la cumbre de Jefes de Estado de Iberoamérica y Néstor me recibieron en la embajada argentina en Madrid dándome su apoyo explícito ante lo que era, a todas luces, una arbitrarie-

dad propia de quienes, desde la justicia española, jamás habían actuado, ni lo han hecho, hasta el día de hoy, contra la impunidad de aquellos crímenes.

El otro retrato, que dio la vuelta al mundo, se hizo el 24 de marzo de 2004, con motivo del 28 aniversario del golpe de Estado, en el Colegio Militar. En la escena se ve cómo el jefe del Ejército, General Bendini, descuelga el cuadro del dictador Videla por orden del presidente Néstor Kirchner (en primer plano). La imagen supone un bofetón en el rostro de los asesinos; el compromiso inalterable contra la impunidad; las señas de identidad de un mandatario que, ante todo, quería una sociedad libre en democracia.

Néstor Kirchner fue un hombre que luchó contra la impunidad en su país y este ejemplo forma parte de su enorme legado ante el mundo. Poco más puedo añadir.

* Jurista, presidente de Fibgar, Fundación Internacional Baltasar Garzón.

25 de Mayo
20º Aniversario de la Asunción como
Presidente de la Nación Argentina de
Néstor Kirchner



"Si nos quieren insultar, que nos insulten, nosotros amamos la justicia y equidad, levantar las banderas de la alegría y la sonrisa. Nos van a insultar permanentemente pero nosotros tenemos una responsabilidad más grande que pelearnos con aquellos que siguen sin entender el destino de la Argentina".
Néstor Kirchner - 2009

FEDERACION ARGENTINA DE TRABAJADORES DE LUZ Y FUERZA

75 ANIVERSARIO

SINDICATOS DE LUZ Y FUERZA: ADELSON, AZUL, BAHIA BLANCA, CAÑADA DE GOMEZ, CAPITAL FEDERAL, CATAMARCA, CONCORDIA DEL URUGUAY, CORDOBA, CORONEL SUAREZ, CORRIENTES, ENACO, ENTRE RIOS, FORMOSA, GENERAL PUEYRREDON, JUJUY, LA RIOJA, LAS FLORES, LINCOLN, LUJAN, MENDOZA, MERCEDES, MISIONES, OLAVARRIA, PERGAMINO, PUNTA ALTA, RAFAELA, REGIONAL, RIO CUARTO, RIO NEGRO Y NEUQUEN, ROSARIO, RUFFINO, SALTA, SAN CARLOS DE BARROCHE, SAN JUAN, SAN NICOLAS, SANTA FE, SANTIAGO DEL ESTERO, TRES ARROYOS, TUCUMAN, VENADO TIERTO Y ZONA DEL PARANA.

Secretariado Nacional Industrial Global Union C.G.T.

“Néstor y Cristina me cambiaron la vida”

Por Luciana Bertoia

Cuando Gladis D'Alessandro escuchó a Néstor Kirchner decir que no llegaba a la presidencia para dejar sus convicciones en la puerta de la Casa Rosada, sonrió con nostalgia hacia el televisor en el que estaba siguiendo la asunción. Sabía que era cierto. En 1975, cuando la represión acechaba en La Plata, ese hombre que ese 25 de mayo de 2003 juró como presidente de la

la Juventud Peronista; él se estaba yendo de Montoneros con críticas hacia la lucha armada. Necesitaban dejar la vivienda en la que residían porque era una casa operativa de la organización. “Chiche” empezó a moverse para conseguir un nuevo lugar donde quedarse.

El timbre sobresaltó a Gladis, que estaba sola en la casita. No era un lugar al que otros llegaran sin avisar. Se asomó y vio a una chica arreglada que estaba parada

lia de la actual vicepresidenta. Ahí, compartieron todo. “Aun sin conocernos. Yo siempre marco el tema de la solidaridad. Hay actitudes de las que nunca te vas a olvidar”, dice Gladis.

Néstor y Cristina viajaron para pasar las fiestas de 1975 en Santa Cruz. Allí, los detuvieron. La hermana de Cristina, Gisele, llegó hasta la casa de City Bell para avisarles a Gladis y a “Chiche” que se tenían que ir. Buscaron un lugar en una pensión. Cuando

que, en realidad, las fuerzas lo buscaban a él.

Néstor le dijo que era una locura; Gladis, también. Kirchner quería que la pareja viajara con él y con Cristina a Santa Cruz. Pensaba que la represión iba a ser menos cruenta en el sur del país. “Esa era nuestra idea también, pero no llegamos”, cuenta D'Alessandro.

A Chiche se lo llevaron en la noche del 25 de abril de 1976. Por orden del jefe del Área 125,

trario, lo llevaron a la Oficina de Inteligencia del Grupo de Artillería Blindado I de Azul y se lo entregaron al teniente Alejandro Duret.

La familia volvió a tener noticias de Chiche en la madrugada del 1º de mayo. Lo llevaron a la casa, descalzo y con signos de haber sido ferozmente torturado. “Hace cinco días que estoy en la parrilla”, llegó a decirle Chiche a su compañera. A ella también se la llevaron esa noche. A Gladis la liberaron a las horas y lleva una búsqueda de 47 años por saber qué pasó con su marido.

A los pocos días de que Kirchner asumió como presidente, Gladis recibió un llamado de Cristina.

—Te quiero invitar a Olivos. ¿Qué día podés venir?

—Lunes, porque ese día no trabajo en la peluquería.

Gladis llegó a la quinta presidencial acompañada por otro militante de Las Flores que había militado con ellos en La Plata. En Olivos, Kirchner le dijo que quería hacerle un homenaje a Chiche. La ceremonia se hizo al año siguiente frente al monolito de La Flores. Cristina la repitió en 2011 y volvió dos años atrás para participar del acto por el aniversario del golpe.

Gladis no recuerda si fue en ese encuentro en Olivos o si fue a través de uno de esos llamados intempestivos que Kirchner le hacía a la peluquería de Las Flores cuando le anunció que iba a impulsar la anulación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, que impedían juzgar a los responsables de la desaparición de su marido y de tantos otros miles.

Después de que el Congreso anuló las leyes de impunidad en 2003 y que la Corte Suprema declaró su inconstitucionalidad en 2005, los tribunales condenaron a 1153 genocidas, según los números que maneja la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación. Entre ellos están Mansilla y Duret, por lo que sucedió con Chiche Labolita.

“Eso a mí me cambió la vida. Sin Néstor y Cristina, Duret no estaría preso”, dice.



Carlos Labolita y Gladis D'Alessandro.

Argentina y su compañera, Cristina Fernández, les habían abierto la puerta de su casa a ella y a su compañero, Carlos “Chiche” Labolita, para que se escondieran. “Yo estaba segura de que no venía a dejar sus convicciones en la puerta de la Casa Rosada. Néstor era uno más de nosotros. Era mi compañero”, remarca con orgullo, a pocos días de que se cumplan 20 años de la llegada de Kirchner al gobierno.

Gladis era de Las Flores pero vivía en La Plata con Chiche. Los dos eran militantes: ella militaba en un barrio como parte de

junto a la puerta.

—Soy Cristina Fernández, la compañera de Lupín —se presentó—. Vengo a decirte que en mi casa hay lugar.

Cristina le dejó un papelito con la dirección. Gladis atinó únicamente a decirle que lo iba a consultar con su compañero. Pero a las pocas horas ya estaban en la casita que pertenecía a la fami-

Néstor y Cristina volvieron a La Plata, se mudaron con ellos a esa casona de la calle 10. Se separaron horas después del golpe del 24 de marzo de 1976 porque seguir juntos multiplicaba los riesgos.

A los dos días, Gladis llamó a su trabajo para anunciar que renunciaba. Del otro lado del teléfono le avisaron que en Las Flores habían detenido a su suegro, un docente reconocido por su militancia gremial. Chiche se desesperó, quiso volver porque no quería abandonar a su mamá y porque estaba convencido de

el teniente coronel Pedro Pablo Mansilla, quedó detenido en la comisaría de Las Flores. En los registros está asentado su ingreso. Dos días después, los policías lo trasladaron junto a otros dos detenidos políticos, José Viegas y Rafael Alonso Amicone, a quienes llevarían a la Unidad Penal 7 del Servicio Penitenciario Bonaerense. A Chiche, por el con-

Una enseñanza inolvidable

Por Atilio A. Boron

Hace veinte años la Argentina presenció un acontecimiento inusual en su vida política: Néstor Kirchner asumía la presidencia de un país devastado por el catastrófico derrumbe del experimento neoliberal iniciado por la dictadura genocida que la presidencia de Carlos S. Menem llevara hasta sus últimas consecuencias y por la mentirosa política de la Convertibilidad pergeñada por Domingo F. Cavallo, que reposaba sobre la fantasiosa equiparación entre el dólar y el peso argentino. En ese convulsionado entorno Menem, que había triunfado en la primera vuelta electoral, optó por no presentarse en el balotaje para disputar la presidencia con Kirchner, que había obtenido un 22 % de los sufragios (contra el 25 % del expresidente) dado que todas las encuestas le anticipaban una derrota de casi cuarenta puntos. Y lo inusual, lo anómalo, fue precisamente esa extrema debilidad con la cual el santracruceño ingresó a la Casa Rosada cuando el país estaba apenas comenzando a salir de las profundidades de la crisis ocasionada por el estallido de la Convertibilidad, el “corralito bancario”, los turbulentos coletazos de la multitudinaria insurgencia popular del 19 y 20 de diciembre de 2001 cohesionada por la consigna “que se vayan todos” y un desprestigio sin precedentes del régimen democrático, epitomizado por los cinco presidentes que transitaron por la presidencia de la república en apenas una semana. Para colmo, pocos días antes de su jura como presidente el diario *La Nación*, a través de su editorialista estrella, José Claudio Escribano, hizo público un verdadero ultimátum en el cual, entre otras cosas, decía que con el resultado de las elecciones “la Argentina ha resuelto darse gobierno por un año.” Salvo, advertía Escribano, que Kirchner aceptara el insolente pliego de condiciones remitido al presidente electo y obrara en consecuencia. ¿Cuáles eran esas condiciones? Las previsible: continuar el alineamiento automático con Estados Unidos pero “sin relaciones

carneles”; inmediata visita al embajador de ese país en la Argentina para manifestar lo anterior; reunión con los empresarios para acordar el sendero por el que transitaría la política económica; condenar a Cuba; poner fin a toda tentativa de revisar lo actuado durante la lucha contra la subversión y, finalmente, adopción medidas excepcionales de seguridad.

Todo este breve prefacio viene a cuento de un tema crucial en el momento actual de la Argentina:

La Haya, etcétera) algunos desde el oficialismo y el FdT aducen que “no nos da la correlación de fuerzas”. Pero el gobierno de Néstor Kirchner es la prueba más rotunda de la falacia contenida en ese argumento. El 25 de mayo de 2003 era un presidente que tenía menos de la cuarta parte de los votos populares; una situación compleja en la Cámara de Diputados, mejor en el Senado pero, en ambos casos, con representantes que no le respondían a él sino a la conduc-

de Menem y sus continuadores de la Alianza; manejó con mano firme la recuperación económica del país; renovó la indigna Corte Suprema de Justicia del menemismo con el apoyo de ambas cámaras del Congreso; restableció los juicios por delitos de lesa humanidad cometidos por la dictadura genocida; canceló por completo la deuda con el FMI; recibió y apoyó a las Madres de Plaza de Mayo en sus luchas. Y poco después de haber concluido su

veintiuno. Y terminó su carrera política, tronchada por una muerte prematura, nada menos que como secretario General de la Unasur. El gobierno al que la derecha le asignaba plazo de vencimiento en un año duró nada menos que doce. El pronóstico del articulista de *La Nación* fue desmentido por la historia.

Alberto Fernández, jefe de su Gabinete de Ministros, fue testigo privilegiado de esta verdadera hazaña que demostró que aún las más desfavorables “correlaciones de fuerzas” pueden ser cambiadas. No es una tarea sencilla (como todo en la política) pero está lejos de ser imposible. Depende de la clarividencia y voluntad de la dirigencia, de su capacidad para pergeñar y comunicar una épica de la liberación nacional y de construir —con masas informadas, politizadas y concientizadas— un poderoso instrumento político para sostener desde el llano la batalla que deberá librar el gobierno para cambiar a su favor la “correlación de fuerzas” existente. También de sus concepciones acerca de lo que es la lucha política, muchas veces enturbiadas por vagos espejismos que aluden a improbables e improproductivos “consensos”, cuya afanosa búsqueda sólo sirve para diluir la voluntad transformadora que se requiere para encarar grandes empresas políticas. Para despejar estas ilusiones es preciso recordar una y mil veces la definición que Max Weber diera de la política: es una “guerra de dioses contrapuestos”, en donde se hace necesario combinar en dosis variables la persuasión con la coerción; o sea, con el ejercicio pleno de los atributos que el marco institucional deposita en manos del gobierno. En la Argentina, en tiempos tan críticos e inmoderados como los actuales, cuando el mismo destino de la nación está en juego, el “dialoguismo” y la moderación, lejos de ser gestos virtuosos, se convierten, como lo recordara Charles Fourier, en vicios que debe ser combatidos sin cuartel. Quienes lo olviden deberán cargar con las culpas de haber infligido enormes sufrimientos a su pueblo.



Í Telam

las restricciones que enfrenta el gobierno nacional para hacer frente a las presiones del arco opositor y los beneficiarios del agronegocios y todo el complejo primario exportador, amén de las provenientes de Washington —obsesionado por restablecer su control del “patio trasero”, hoy denominado con la expresión más amable de “nuestro vecindario”, Laura Richardson *dixit*— objetivo que de no neutralizarse convertiría a nuestro país en un protectorado estadounidense. Para justificar esta imposibilidad de defender el interés nacional (hidrovía, telefonía 5G, inversiones en infraestructura financiadas por China, renegociación radical con el FMI en sede de la Corte Internacional de Justicia de

ción del PJ en manos de Eduardo Duhalde; tenía la prensa hegemónica en contra así como el resto de los “poderes fácticos”, comenzando por “la embajada”. Por eso Escribano decía que el país había decidido elegir a un presidente por un año.

Debido precisamente a que la “correlación de fuerzas” no es una realidad ontológica inmutable sino el producto de la praxis histórica, Kirchner pudo impulsar una serie de políticas que redujeron los escandalosos niveles de pobreza e indigencia producida por el experimento neoliberal

mandato, su sucesora, Cristina Fernández de Kirchner, acabó con la privatización de los fondos de pensión y creó un régimen previsional público, amén de otras políticas de extensión de derechos y empoderamiento popular que se impusieron tras vencer enconadas resistencias. Como si lo anterior no fuera suficiente, Kirchner revolucionó la política exterior de la Argentina estableciendo sólidos vínculos con el Brasil de Lula y la Venezuela de Chávez y, en la Cumbre de las Américas de Mar del Plata, lideró junto a ellos nada menos que el rechazo al ALCA, el principal proyecto geopolítico de Estados Unidos para esta parte del mundo para todo el siglo

Lo peor

Por Luis Bruschtein

Tres escenas que creía imposibles de presenciar en mi vida pero que vi, presencié, disfruté y festejé en los primeros días de la presidencia de Néstor: El discurso del 25 de mayo, cuando dijo que formaba parte de una generación diezmada, el discurso de Fidel en las escalinatas de la Facultad de Derecho y la anulación de las leyes de impunidad.

Yo era escéptico. Algunos conocidos me llamaban por teléfono para preguntarme por quién iba a votar y yo respondía: “Por el único que le puede ganar a Menem”. “¿Pero quién? Y yo, en toda esa confusión, les contestaba que no lo iba a decir porque no iba a hacer campaña por nadie, porque “fuimos incapaces de construir una propuesta del campo popular”, que era lo que planteaba la CTA y no había podido concretar.

Así voté por Néstor, con muchas dudas después de tanto menemismo. Y el 25 fui a Plaza del Congreso para la asunción. Fui con mi compañera y mi primo Pablo, a quien había sacado de la cárcel el 20 de diciembre de 2001. Pablo había visto por la tele que estaban repitiendo a las Madres en la Plaza, agarró una bandera argentina y se fue para allá. Y lo metieron preso.

Yo lo fui a sacar, pero **Página 12** no tenía buena prensa en esa comisaría, así que salió último. El 25 de mayo de 2003, cuando asumió Néstor, estábamos los dos en la Plaza del Congreso. Trataba de escuchar el discurso por los altoparlantes que estaban sobre los postes de luz y charlábamos de política.

Néstor no era un gran orador y el sonido no era bueno. Entre algunos párrafos que no entendí, escuché: “Formo parte de una generación diezmada, castigada con dolorosas ausencias; me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a las que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada”. Y también: “Les vengo a proponer que recordemos los sueños de nuestros patriotas fundadores y de nuestros abuelos inmigrantes y pioneros, de nuestra generación que puso todo y dejó todo pensando en un país de iguales”. Me corrió un escalofrío. Cualquiera podía decir cualquier cosa, pero estas frases tenía un costo en este país. Decirlas implicaba delimitar campos y ganarse enemigos poderosos. “¡Mierda! –le dije a mi primo–, con esto amorticé el voto”.

Cubrí la asunción. Esa noche, en el Four Seasons hubo un ágape y apareció Fidel Castro. Habría que recordar que en los '90, bajo la pesada hegemonía del neoliberalismo en un mundo unipolar regido por Estados Unidos, Cuba y Fidel estaban muy aislados. Entre algunos progresistas quedaba bien pegarle a Cuba y a Venezuela. Por eso, la invitación a Fidel era un cachetazo a lo políticamente correcto y significaba un enorme gesto de solidaridad.

Lo más increíble estaba a punto de ocurrir. Fidel podría visitar un país, pero parecía una locura que hiciera un acto público de masas en este país que transitaba la pacate-

ría política propia del miedo heredado de un terrorismo de Estado impune.

En realidad, estaba pensado como un encuentro con intelectuales en el aula magna de la Facultad de Derecho de la UBA, que tenía capacidad para unas 800 personas. Fui a cubrirlo para el diario. Era un acontecimiento histórico. Nunca hubo menos de dos o tres mil personas. Los asistentes estaban tan apiñados que no se podía respirar. Hubo desmayos y en un momento circuló la versión de que se suspendería.

Alguien habló por teléfono con las nuevas autoridades. “¿Por qué no lo hacen en las escalinatas?” Rápidamente pusieron un atril y la multitud empezó a acomodarse. Estaban los canales de televisión. Mucha gente veía que el acto se haría al aire libre y empezaron a llegar miles en los colectivos de línea. No había seguridad, no había policía ni vallas. Fidel, el ser mítico que había hecho una revolución en la puerta del imperio y que había esquivado decenas de intentos de asesinato, hablaría allí a los argentinos como si estuviera en el jardín de su casa.

Tenía que empezar a las 7 de la tarde, pero Fidel apareció casi a las 9 y ya había alrededor de 30 mil personas que habían aparecido de la nada. Y los que estaban adelante empezaron a gritar “¿Qué tiene Fidel, que el imperialismo no puede con él?”. Y el barbudo levantó la cabeza y dijo: “Los tenemos a ustedes”. Cayó un rayo, o me pareció. Sobre el pucho, se lo escuchó hablar totalmente emocionado: “He vivido algunos años, pero nunca, siquiera, imaginé un acto tan azaroso y tan increíblemente emocionante como este. Yo tendría que hacerles una crítica a nuestros compañeros y decirles: ‘ustedes subestimaron al pueblo argentino’... Jamás olvidaré lo que ustedes hicieron esta noche”.

Habló más de dos horas con esa destreza de domador de las palabras y las ideas mientras los colectivos de línea llegaban atestados por Figueroa Alcorta y se vaciaban en las paradas. Ya había 50 mil personas y los que no estaban allí, de izquierda o de derecha, estaban prendidos a los televisores para escuchar a ese enorme personaje de la historia moderna.

Esa invitación, con tanta libertad, fue un extraordinario acto de valentía de Néstor. Y perfilaba la estrategia de Patria Grande con Cuba adentro que impulsó durante su gobierno y continuó Cristina Kirchner.

En esos cuatro años de gobierno se hicieron muchas cosas, se negoció una quita del 75 por ciento de la deuda –la quita más grande en la historia mundial de la deuda–, se sacó al FMI del país y la economía creció con índices chinos, bajó la desocupación y los salarios pasaron a ser los más altos de la región, en dólares. Y además embestía a la Corte corrupta de la mayoría automática y logró conformar una Corte independiente y con prestigio. Cada vez que parecía arrinconado, sacaba un as de la manga y doblaba la apuesta. La derecha lo detestó y a poco de empezar lo boicoteó, lo amenazó y llovieron las acusaciones de corrupción.

La frase que me había impactado el 25 de mayo comenzó a mostrarse en los hechos, así como cuando en otro discurso dijo: “somos los hijos de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo”. El bloque de diputados del PJ tenía varios duhaldistas y menemistas muy condicionados por el poder mediático y el económico. No les gustó cuando Néstor les ordenó que anularan las leyes de impunidad. Retrasaron la decisión todo lo que pudieron. Néstor los presionó y pidieron tiempo para presentar un proyecto propio. Néstor les dio un plazo y cuando se venció, en agosto, les ordenó que votaran el proyecto de la izquierda que había presentado Patricia Walsh. Y lo tuvieron que votar. El radicalismo se abstuvo en Diputados y votó en contra en el Senado.

La gente venía muy golpeada por la era menemista y por las promesas incumplidas de la Alianza, había mucho escepticismo. No eran pocos los que creían ver trampas por todos lados. En mi caso y en ese momento, lo tenía más claro que cuando lo voté. La noche que se debatió la anulación de las leyes de impunidad, se hacía un acto en la puerta del Congreso, y los organismos de derechos humanos me pidieron que fuera uno de los oradores.

Obviamente, dije que había que apoyar. A muchos, que después se hicieron fervientes kirchneristas, no les gustó. Pero cuando se aprobó la ley, hubo más que no pudieron contener las lágrimas. Hubo gritos y abrazos, pero sobre todo, una sensación profunda, desbordante e inesperada de que se terminaba la Argentina del miedo y se juzgaría a los genocidas. “Juicio y castigo” era una consigna permanente, no negociable, pero pocos creían que llegarían a verlo. Y se hizo. Y fue por eso que el genocida Videla afirmó que “los Kirchner fueron lo peor que nos podía pasar”.



Siempre en nuestro corazón

Por Estela Barnes de Carlotto *

Las Abuelas de Plaza de Mayo no conocíamos a Néstor Kirchner antes de 2003. Solo aparecía, desde la lejana Patagonia, ocasionalmente, ejerciendo el mandato popular desde sus diferentes cargos. No lo recordamos haciendo campaña con la bandera de los Derechos Humanos. Por eso fue una gratísima sorpresa todo lo que sucedió después de su asunción el 25 de mayo de 2003: fue el primer presidente en abrirnos las puertas de su lugar de trabajo para consultarnos, para escuchar nuestros históricos reclamos y construir respuestas inmediatas.

Nos maravilló también encontramos con un hombre sencillo, acogedor, afectivo y comprensivo. Abrió la Casa Rosada para el pueblo, abrazó a los humildes, protegió a los niños, convocó a los jóvenes. Abrió las puertas a la verdad histórica, la de los depredadores y sus víctimas. Luego de años de lucha de los organismos de Derechos Humanos, logró que se derogaran las leyes de impunidad y se reabrieran centenares de juicios de lesa humanidad que aún hoy siguen sucediendo, y que ya han condenado a más de 1000 genocidas. Cada lugar de encierro, de tortura y de muerte, desde que Néstor recuperó la Escuela de Mecánica de la Armada para el pueblo, es hoy un espacio de memoria y promoción de los derechos humanos.

Fue él quien recibió por primera vez a nuestros nietos y nietas para preguntarles qué necesitaban para sanar y para agilizar la búsqueda de sus hermanos y hermanas de historia. Solo durante su mandato se restituyó la identidad a trece nietos y nietas. Y, gracias a la consolidación de las políticas de Memoria, Verdad y Justicia que él impulsó, los años posteriores las restituciones se in-



Bernardino Avila

crementaron: sumaron treinta y dos más durante los mandatos de su compañera Cristina.

Durante el gobierno de Néstor se sancionaron el Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia y el día Nacional por el Derecho a la Identidad, que permitieron introducir lentamente la pedagogía de la memoria y el respeto por los derechos humanos en todas las escuelas de la República Argentina. Ese fue el inicio de un camino que se consolidó en el programa educativo de Educación y Memoria, reservorio de memoria colectiva para las futuras generaciones.

Fue Néstor también quien llevó a cabo la renegociación de la deuda pública con una de las quitas de capital más grandes de la historia y luego canceló la deuda con el FMI, eliminando así los condicionamientos del organismo internacional que obstaculi-

zaban el desarrollo de una política económica autónoma. Cuesta entender que veinte años después volvamos a estar condicionado por los acreedores internacionales, culpa del mal desempeño del presidente de un gobierno antipopular, liberal y anti Estado que generó el record de endeudamiento externo del país, que hoy padecemos. Pero los cuatro años del gobierno de la alianza Cambiemos no pudieron destruir todo lo construido.

“Llegamos sin rencores, pero con memoria”, dijo Néstor es su discurso inaugural hace veinte años y su legado sigue intacto, porque las políticas de Estado en materia de derechos humanos es-

tán consolidadas, sellaron un contrato social que no tolera delitos aberrantes. El país se ha vuelto ejemplo ante el mundo en materia de Memoria, Verdad y Justicia. Por eso, recordar a Néstor Kirchner es continuar en ese camino.

Sabemos que falta mucho por hacer, sobre todo luego del paso del gobierno de Mauricio Macri que tanto nos hizo retroceder. Una vez más, la historia nos pone a prueba y es responsabilidad de todos y todas sostener las conquistas, denunciar las injusticias y trabajar colectivamente por la justicia social. En estos cuarenta años de democracia hemos asegurado que la historia no se repita y que la dignidad de vivir de cada argentino sea una realidad.

Por mi edad, sueño con que en cada hogar la mesa tendida nos congregue bajo un techo seguro, sin rejas en las ventanas, con las

puertas abiertas a los vecinos y vecinas, con los niños jugando en la vereda, sin exclusión de edades. Por ello el rol de la juventud es necesario.

Las Abuelas liberamos a los niños que se apropió la dictadura, que hoy vemos florecer en nuestros nietos y nietas dispuestos a dar la lucha en paz por el proyecto de país de la generación de Néstor, de sus padres y madres. Néstor ya no está, pero la llama que encendió seguirá viva, como viven los sueños de los 30 mil.

Dicen que nadie es imprescindible en esta vida. No es cierto. Néstor Kirchner era un imprescindible. Queda demostrado que su proyecto nacional y popular estaba en su mente y en su corazón de manera tan clara que lo fue pensando y ejecutando sin olvidar ningún costado de la historia, sabiendo a ciencia cierta cuáles eran las necesidades de nuestro pueblo. Supo sembrar en el terreno más fértil para su cumplimiento: la juventud y los desposeídos.

Fue Néstor quien instaló en los jóvenes la esperanza, la participación, el compromiso, desterrando el “no se puede”, la desconfianza, el individualismo. En tiempos en los que algunos auguran una juventud despolitizada, egoísta o confundida, más que nunca traemos al presente el recuerdo y el legado de Néstor Kirchner. Porque hay cientos de jóvenes con buenas intenciones a quienes la historia no les pasa por el costado. En ellos y en ellas confiamos. Porque como nos enseñó nuestra historia, siempre es posible, juntos, organizados, con proyectos colectivos, pensando en el otro, con confianza y solidaridad para construir una patria para todos y todas.

Néstor, siempre en nuestro corazón, horizonte y recuerdo.

* Presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo.

Kirchner y el problema del poder

Por Sebastián Cazón

Faltaban solo tres meses para las elecciones presidenciales de 2003 y José Pampuro estaba en llamas. Tirado en el sillón de su despacho en Casa Rosada, el secretario general de la presidencia de Eduardo Duhalde respiraba indignación. Había ido a inaugurar un local partidario en Lanús y regresado del conurbano con un profundo pesimismo. Un breve intercambio con una histórica vecina del barrio había dilapidado su vacilante estado de ánimo. “¡Pepe, Pepe, voy a votar por tu candidato!”, le gritó enfática al verlo llegar. “¿Por Néstor?”, exclamó el funcionario. “¡Sí, por Kissinger!”, le respondió. Pampuro quedó destruido. “No conocen ni el apellido”, cla-

maba quien fuera uno de los principales promotores de su candidatura y un articulador clave, junto al Chueco Mazzón, de la sociedad Kirchner-Duhalde.

La imagen de un Néstor Kirchner ignoto fue tan reiterada como relevante. En la calle, pocos lo conocían. Y, en la política, muchos de los que lo conocían poco lo querían. “Hacer campaña por Néstor es como sacar a pasear un perro muerto por el conurbano”, aseguran que murmuró en aquel momento el caudillo bonaerense Hugo Curto. Él lo desmiente. Cierta o no, la frase condensaba el sentir de un puñado de dirigentes justicialistas que renegaba del gobernador de Santa Cruz. “Es un montonero”, decía el eterno jefe comunal Manolo Quindimil, en sintonía con el “se viene el zurda-

je”, que auguraba Mirtha LeGrand. Entre desconocimiento, prejuicios y resistencias, el anecdotario sobre el expresidente ayuda a graficar la desprovista legitimidad de origen que rodeó a su desembarco en Casa Rosada y, sobre todo, a dimensionar su construcción de poder.

Caracterizar a Kirchner como un hombre de consenso podría ofender en igual medida a detractores e incondicionales. Es un retrato incompleto que encuadra mejor en el mito alfonsinista que en la épica combativa peronista. No obstante, hubo mucho de eso. Kirchner tenía entre sus virtudes saber crear las condiciones de posibilidad. En el barrio dirían que sabía interpretar lo que pedía la jugada; no solo respecto a las demandas sociales y al contexto re-

gional, sino también a los tiempos de la negociación y el conflicto. Combinar con pericia maniobras audaces y consensos, sin recular en los objetivos, no es para todos. El enjuiciamiento a la Corte menemista, por ejemplo, no se limitó a un acto voluntarista. La medida cosechaba un amplio apoyo social —el respaldo del 80 por ciento de la población— y requirió de quirúrgicos acuerdos parlamentarios. “Es lo mejor que ha realizado este gobierno”, rezaba la opositora Elisa Carrió en 2004. En el mismo sentido, para la anulación de las leyes de impunidad necesitó amalgamar las posturas del PJ con las del ARI, el socialismo, el Frepaso y la Izquierda Unida. En suma, las maniobras más audaces no implicaban saltos al vacío, tenían la muñeca de un dirigente que había ganado músculo trenzando y pul- seando durante años con pesos pesados como Menem o Duhalde.

En 2003 la oferta política estaba fragmentada. Los dirigentes, deslegitimados. La autoridad presidencial, languidecida. Y la población, profundamente golpeada. Kirchner recogió las partes, las integró y revitalizó. Con votos prestados y cosecha propia, construyó el dispositivo electoral más potente desde el regreso de la democracia. Disputó poder y liquidó al duhaldismo en 2005. No aplastó a los derrotados, trabajó para seducirlos e incorporarlos. La misma estrategia aplicó con Roberto Lavagna luego del triunfo en las presidenciales de 2007 y con Martín Sabbatella tras la derrota en las legislativas de 2009. “La política no es un club de amigos”, repetía, entendiendo que el que se enojaba perdía. Frenetodismo al palo, con liderazgo y capacidad de acción.

Con el correr de los años, la figura de Kirchner quedó circunscrita al campo de batalla. El “¿qué te pasa, Clarín?” resultó mucho más taquillero que la fusión Cablevisión-Multicanal. “¿Saben quién iba a Olivos? Héctor Magnetto. Fue toda la gestión de Néstor”, rememoró CFK en su alegato de la causa Vialidad.



También Paolo Rocca, el CEO de Techint. Tenían un vínculo de cordial tensión permanente, que incluyó fuertes peleas públicas por el caso Skanska o la candidatura de Lavagna, así como reconciliaciones públicas como el afectuoso “querido Paolo” del expresidente durante un acto en Siderar en 2007.

Kirchner iba y venía hasta donde quería. Se apoyó en el respaldo de la UIA y AEA al inicio de su gestión y tensionó la relación con el establishment al ritmo de la aceleración inflacionaria. “No le compremos ni una lata de aceite. No hay mejor acción que el boicot del pueblo a quienes se están abusando”, lanzó en marzo de 2005 sobre Shell. La petrolera había aumentado el precio de los combustibles sin la

autorización del Estado. Al día siguiente hubo piquetes en 33 estaciones de servicio. “Tenemos capacidad para bloquear 700”, advertía envalentonado Luis D’Elia. Al boicot contra la multinacional le sumaron sanciones que impuso la Secretaría de Energía para quienes no respetaran los acuerdos de precios. Fue un golpe a tres bandas. Y la marcha atrás de la compañía, un retroceso inevitable.

Meses más tarde, Alfredo Coto apareció en la mira del exmandatario. “Señor Coto: yo lo conozco muy bien a usted. Quiere saquear el bolsillo de los argentinos”, arremetió beligerante sobre el referente de la Asociación de Supermercados. “No me puedo enojar con el presidente”, contestó el empresario. “Soy muy

optimista con la economía argentina”, agregó con alguna cuota de sinceridad y mucha ironía. Semanas después se vieron a solas en Casa Rosada. Bastaron 30 minutos, un café y una palmada para que hicieran borrón y cuenta nueva. El cruce quedó sepultado, aunque sirvió para que las grandes cadenas se comprometieran a rebajar un 15 por ciento los precios de alimentos. Después de las piñas, llegaron los abrazos. Idas y vueltas del conflicto y la negociación.

Más que en el realismo mágico del Nestornauta, la figura de Kirchner se inscribe en el neorealismo peronista. La historia de un caudillo patagónico que logró hacer pie en el barro del conurbano bonaerense; y apalancado por el vetusto aparato justi-

cialista, reconstruyó el Estado y lo utilizó como contrapeso del mercado. Lejos de los grandes relatos, propuso como slogan de campaña “Un país en serio”. Empleo, consumo y estabilidad. De la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Disciplinó a propios y extraños en base a resultados. Al peronismo más primitivo le anejó impronta latinoamericana y le plantó la bandera de la Memoria, Verdad y Justicia. “Es un rebelde de sana rebeldía”, lo describía Duhalde a **Página 12** meses antes de las elecciones de 2003. Consensuaba para construir y tensionaba para avanzar. Imprimía épica, pero sobre todo política. Porque en aquel momento, como ahora y siempre, discursos valientes sobaban, lo extraordinario era poder materializarlos.



Contra toda expectativa



Gonzalo Martínez

Por Nora Cortiñas

Con Néstor Kirchner tuve poco contacto personal, de modo que no guardo grandes anécdotas ni recuerdos con él. Lo que puedo decir es poco, pero a mi juicio mucho: Néstor sobrepasó muchas veces y en muchas circunstancias, durante su mandato, las expectativas que teníamos cuando asumió. ¿Qué expectativas podía generar un presidente que llegaba al poder con el 22 por ciento de los votos, en ese país, en esas condiciones, después de todo aquello tan terrible que estrábamos vi-

viendo? Nos parecía que le iba a resultar imposible manejar esa situación. Y, sin embargo, nos sorprendió.

Desde los organismos de derechos humanos no tardamos mucho en advertir que podíamos colocar las esperanzas en esperar mucho más de su gobierno, en ese cambio para la política argentina que él prometía para su presidencia. Y Néstor tuvo mucho apoyo porque advertimos que ha-

bía algo nuevo y diferente en él.

Creo que hizo mucho, en un país que estaba devastado en lo económico. Pero hizo, y demostró que se podía mejorar la situación de un pueblo con medidas que fueran acertadas, por más mala que sea la situación de la que se parte. Que se podía hacer a pesar de todo.

Yo no hice partidismo nunca, pero siempre tuve la atención puesta en ese cambio, el respeto a su figura, por todo lo que enfrentó. Y la consideración de cuánto le costó encaminar la situación, porque era verdaderamente terrible lo que vivíamos

cuando él asumió. También en eso hay que tener memoria, no hay que ser injustos cuando se revisa el pasado. Y la suya fue una presidencia que dejó un camino hecho, un camino que hay que cuidar y defender, porque mucho de lo logrado cuando él fue presidente después de fue desvirtuando, la derecha tiró abajo muchas cosas. Siempre fue difícil eso en la Argentina, siempre nos costó avanzar por esos

péndulos de gobierno, ese ir hacia adelante y luego retroceder, esos desvíos del camino.

No voy a ser original si tengo que pensar en un gran momento de su presidencia: aquel momento en que Néstor bajó los cuadros de los genocidas fue, para mí, y para muchos compañeros y compañeras, el momento culminante de su presidencia. Un gran momento de la historia argentina. El con eso se ganó la confianza de un pueblo que hizo todo lo posible por apoyar sus medidas cuando fueron las apropiadas. Y este recuerdo agradecido que hoy mantenemos.

Del infierno a la inclusión

Por David Cufre

“El contador de la Anses se mueve a toda velocidad. Cada día, unas 10 mil personas se anotan entre incrédulas y esperanzadas en la moratoria para acceder a la jubilación. La mayoría no termina de aceptar que sea verdad, que en poco tiempo podrá jubilarse a pesar de no haber aportado nunca en su vida. Pero los comentarios de amigos, parientes y vecinos, más la información que entregan los medios, los impulsan a ir para adelante. Y finalmente se jubilan”, relataba la crónica de **Página 12** del 15 de octubre de 2006, al cumplirse el hito de que un millón de adultos mayores habían accedido al plan de inclusión previsional. El 73 por ciento eran mujeres y el 27 por ciento varones, con un promedio de edad de 71 años y dos meses.

La cifra final de la moratoria que otorgó el gobierno de Néstor Kirchner en diciembre de 2005 ascendería a 2,8 millones de personas. La cobertura previsional dio un vuelco gracias a esa política, que como tantas otras acciones de esa administración, parecía imposible hasta que se hizo. La dinámica a la que estaban acostumbrados los argentinos era que las mujeres de 60 años y los hombres de 65 que no habían podido completar los treinta años de aportes obligatorios quedaban en la vía. Tenían que esperar a los 70 años para cobrar una pensión asistencial por vejez, insuficiente para sacarlos de la pobreza.

“Hemos dado un paso extraordinario, empezamos a reparar lo que parecía irreparable. Del 45,7 por ciento de pobreza que tenían esos hermanos y hermanas argentinas que no podían jubilarse logramos bajarlo al 15 por ciento. Les devolvimos la vida, la esperanza, mil cosas que habían perdido”, celebraba Kirchner al hacer un balance de la moratoria el día que anunció otra medida clave para los trabajado-

res: el fin del cepo de la jubilación privada.

De cada diez personas que alcanzaban la edad de retiro, casi cuatro no accedían al derecho de la jubilación antes de la puesta en marcha del plan de inclusión previsional. Con la moratoria, la cobertura escaló del 66,1 al 95,8 por ciento, el nivel más alto de América latina. A pesar del derrumbe de los haberes previsionales durante el gobierno de Mauricio Macri, en la actualidad la pobreza entre los adultos mayores se ubica en 12,8 por ciento, con 1,7 por ciento adicional bajo la línea de indigencia. Sigue siendo un grave problema a resolver y para el cual se necesita, antes que nada, la misma convicción política que tuvo Kirchner para encararlo cuando le tocó gobernar.

AFJP: principio del fin

En igual sentido, sobre el final de su mandato Kirchner pateó el tablero con otra medida resonante:

anular la prohibición a los trabajadores anotados en una AFJP para pasar al régimen jubilatorio estatal, solidario y de reparto. Cuando Carlos Menem y Domingo Cavallo privatizaron la seguridad social en los 90, bloquearon por ley la posibilidad de salir de una AFJP para volver al sistema público. Es decir, el que entraba a una administradora ya no podía aportar al Estado. Con el agravante de que aquellos que no elegían entre uno y otro sistema al momento de comenzar su vida laboral en un empleo registrado, eran inscriptos en una AFJP.

En abril de 2007, el entonces presidente promulgó la ley que terminaba con esa restricción. Además, los llamados “indecisos”, que eran lo que no optaban por el régimen de reparto o el de capitalización, pasaron a ser empadronados en el primero. De ese modo, las AFJP perdieron el motor que les proporcionaba la mayor cantidad de afiliados, ya que

siete de cada diez terminaban allí por esa vía.

La libre opción jubilatoria fue el primer paso hacia la eliminación de las AFJP que impulsaría Cristina Fernández de Kirchner un año y medio después. Aquella primera ley fue igualmente resistida por las administradoras y por el poder financiero que tenían detrás, junto con la dirigencia del PRO que les hacía de hinchada. Pero en aquel caso el radicalismo acompañó al Frente para la Victoria y la norma fue sancionada por unanimidad en el Senado.

Inclusión vs. privilegios

Antes del gobierno de Kirchner, los jubilados fueron víctimas principales del régimen de exclusión para las mayorías populares y negocios con rentas extraordinarias para bancos, grandes empresas y sectores concentrados que cristalizó el neoliberalismo en los 90. El FMI y el Banco Mundial fueron actores clave en ese proceso. El Consenso de

Washington, como se lo conoció, se instaló en la mayor parte de América latina.

La valentía de Kirchner para cortar el vínculo con el Fondo Monetario fue crucial para cambiar el rumbo. A partir de ahí el gobierno nacional y popular pudo avanzar todavía con mayor firmeza en invertir la lógica de exclusión y privilegios para pocos por otra caracterizada por la inclusión y el combate de la desigualdad.

“Lo de hoy es un punto de inflexión importantísimo. Tiene su historia, tiene quienes lucharon en soledad y fueron paulatinamente siendo comprendidos por distintos sectores de la sociedad. Lo de hoy demuestra que siempre se pueden corregir errores, que siempre se puede readecuar para que el país pueda funcionar mejor”, decía Kirchner cuando empezó a quebrar la hegemonía de las AFJP, en otro de los pasos que dio para sacar a la Argentina del infierno.



La curita en la frente

Por Eduardo Fabregat

Teníamos todavía pegoteado en el recuerdo el gusto acre de los gases de la Plaza 2001, las piedras volando, la montada arremetiendo contra las Madres, la sensación del *novamás* en un país que ha dado sobradas ocasiones de lo mismo. Y antes y después hubo más. Y otros novamases.

Entonces lo vimos al tipo de apellido hacía poco impronunciable por desconocimiento –porque después lo conocimos, sí, lo conocimos bien, y nos dijimos orgullosamente kirchneristas–, ese 25 de mayo, zambulléndose entre la gente, desparramando una esperanza medio irracional. Porque Néstor había dicho varias cosas con las que uno coincidía, pero cuántas veces se ha visto eso en políticos de toda laya. Y después ya se sabe. A pocos meses de la revuelta que hizo renunciar a De la Rúa –una reacción popular bastante más potente que un hashtag *#QueSeVayanTodos*–, a menos meses aun de Kosteki y Santillán, la asunción de un presidente llenaba las calles de personas que estaban dispuestas a confiar en el pingüino.

Después Néstor fue Néstor, y aquel fervor quedó retroactivamente justificado. Pero hace veinte años era más bien un enigma,

una rareza, un a-ver-qué-pasa-con-este que empezó a convertirse en algo más cuando percibimos el entusiasmo por mezclarse con aquellos que hasta hace poco recibían palos y gases, y comerse él un camarazo y dar un discurso de asunción con una curita en la frente. Buen símbolo para iniciar un período presidencial del que nada podía saberse, porque en rigor había que reconstruirlo todo y no parecía coser y cantar. Se iba a necesitar algo más que curitas para tamaño desastre, por algún lado había que empezar.

Reparar aquellos días resistiéndose al sepia. La República Argentina nos ha acostumbrado al vaivén, a la montaña rusa de esperanzas y depresiones, pero uno no quiere que Néstor Kirchner, lo que hizo y lo que significó, quede como otra anomalía feliz de la historia, un momento en el que varias cosas que parecían condenadas al fracaso se enderezaron, encontraron a un tipo capaz de cambiar la lógica de casi siempre. 2003 puede parecer lejanísimo y al tiempo sentirse cerca, porque las ideas que sostuvo, las convicciones que no dejó en las puertas de la Rosada siguen siendo igual de necesarias y urgentes, ardientemente urgentes.

No sabíamos nada, o casi nada, de él. Pero ese día empezamos a vislumbrar que aún se podía confiar en algo nuevo. En otras Plazas. En otra Argentina. Cómo no lo vamos a seguir extrañando.



Los trabajadores estuvimos acompañados

Por Abel Furlán *

Para quienes transitamos el camino abrazando la causa del movimiento obrero, luchando contra paradigmas que se actualizan permanentemente, como si el enemigo cambiara de caras, aunque siempre con el mismo objetivo de echar por tierra los derechos de los trabajadores y trabajadoras de nuestro país, el nombre de Néstor Kirchner representa mucho más que una época: es la recuperación de un proyecto político que, al igual que el de Juan Domingo Perón, nos devolvió a las mayorías el derecho a la dignidad.

Néstor no construyó poder para llegar a la presidencia. Él fue Presidente y, desde allí, supo estar junto a quienes lo empoderaron. Tuvo el valor de asumir el desafío de defender a los olvidados y enfrentar a los sectores poderosos e impunes de nuestro país, porque en aquellas convicciones que prometió y supo no dejar en las puertas de la Casa Rosada, estaban los sueños y la esperanza de millones de familias. De manos que esperaban abiertas reencontrarse con el trabajo perdido, o quitado, para desde el esfuerzo llevar dignidad a sus hogares.

Con la misma simpleza de aquellos que lo acompañaron desde un taller, una fábrica, un comercio, logró darle a la Argentina la impronta de un país serio y próspero, donde el empuje de la industrialización fue de la mano de los salarios dignos y el crecimiento se desparramó a cada región, con la premisa de generar riquezas productivas que pudieran llegar a cada compatriota en base a una activa participación del estado para garantizar una justa distribución de la riqueza.

De a poco, pero convencido de la necesidad de dialogar, escuchar y consensuar, recuperó la política, le dio renovados bríos al peronismo y puso nuevamente sobre la mesa las discusiones paritarias y el salario mínimo, vital



Í Télam

y móvil. Otorgó aumentos por sumas fijas, favoreciendo así a los sectores más bajos de los respectivos escalafones, avalando cada uno de los conflictos de los trabajadores. Y al mismo tiempo que fortalecía la economía, logró una reestructuración histórica de la deuda externa y la cancelación de la deuda con el Fondo Monetario Internacional, desendeudando a nuestro país hasta la llegada del macrismo al gobierno.

Y no se olvidó, tampoco, de aquellos que durante los años oscuros de nuestra Argentina violaron cada derecho humano posible. Fue así que también pidió perdón en nombre del Estado Nacional por el terrorismo de Estado practicado por la criminal dictadura cívico-militar de 1976. Anuló las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Otorgó, en un hecho de justicia histórica, una pensión y obra social para los veteranos de la Guerra de Malvinas.

Los trabajadores y trabajadoras estuvimos acompañados por él, siempre. Después de mucho tiempo, el Ministerio de Trabajo no fue esquivo a la hora de defender los intereses frente a las especulaciones del sector privado

y poderoso. Nunca fue neutral en las discusiones por salarios y derechos laborales.

A 20 años de su asunción como Presidente de la Argentina, Néstor es merecedor de un reconocimiento a su compromiso militante por la inclusión y la justicia social, por la lealtad a sus convicciones, por el respeto irrestricto de los derechos humanos, con memoria, verdad y justicia, por su irrenunciable actitud

en defensa del desarrollo nacional con equidad económica, social y ambiental, por su bregar continuo por la generación de empleo, por su compromiso con la soberanía de la Patria en todos los órdenes, por su aporte a la integración de los pueblos hermanos de América latina y por defender a la política como la herramienta esencial de las transformaciones sociales.

Y fundamentalmente, por poner siempre a los trabajadores y trabajadoras muy cerca de su iniciativa política, que hoy lo describe como un faro que aún nos ilumina en la continuidad de nuestra lucha.

* Secretario general de la UOM.

Dos recuerdos del Néstor que conocí

Por Mempo Giardinelli

Mi primer encuentro con Néstor Kirchner fue casual y en territorio patagónico: El Calafate, Santa Cruz, febrero de 2000.

Con mi entrañable amigo español, Fernando Operé, poeta y notable académico de la Universidad de Virginia, en los Estados Unidos, *recorríamos la Patagonia en un pequeño automóvil de dos puertas*. Llevábamos un par de semanas de ese viaje literario (de resultas del cual escribí *Final de novela en Patagonia*, y Fernando un poemario) y antes de ir al Glaciar Perito Moreno hicimos escala para almorzar en un restaurante céntrico de El Calafate, cuyo nombre no recuerdo. Llevábamos un mes viajando por caminos alternativos, parábamos cuando sentíamos hambre y sueño, y comíamos donde nos sugerían las gentes de cada comarca. En este caso nos habían recomendado el guiso de cordero de un restorán cercano a la YPF donde cargamos combustible.

Allí fuimos y nos sentamos y ordenamos el irreprochable plato, y estábamos en plena picada introductoria cuando vi que entraba Néstor Kirchner, por entonces gobernador de la Provincia de Santa Cruz, acompañado por su esposa, Cristina Fer-

nández, entonces senadora nacional.

En aquel tiempo no sentía simpatía ni antipatía por ellos, que para mí sólo eran dos funcionarios provinciales y por lo tanto los ignoré. Pero al cabo de un minuto ella me reconoció y, con voz sonora como de quien está acostumbrada a mandar, se acercó a nuestra mesa elogiando un libro mío y algunos artículos en este diario, y nos invitó a compartir la mesa en la que su marido ya ordenaba platos y bebidas mientras ella nos hacía amables recomendaciones acerca de las bellezas patagónicas y el camino y los glaciares. Yo agradecí el gesto, pero preferí, respetuosamente, declinar el convite con no recuerdo qué excusa y la acompañé hasta su mesa, donde saludé a Néstor y luego retorné donde ya humeaba el corderito que habíamos pedido. Fernando me reprochó, con prudente discreción pero hispánicamente enfadado, la grosería de no aceptar la invitación a esa mesa porque, dijo, le parecía inentendible que alguien se rehusara a sentarse a la mesa del Gobernador del Estado. Tenía razón y nunca me lo perdóné, como confesé años después en el libro *Cartas a Cristina*.

Mi segundo encuentro con él fue telefónico y en 2003.

Tras la brutal crisis social, económica y política que alteró al país en diciembre de 2001 y ante la renuncia del presidente Fernando de la Rúa, la Asamblea Legislativa designó presidente interino a Eduardo Duhalde, quien convocó a elecciones para abril de ese año 2003. En ellas el peronismo se presentó dividido y los candidatos fueron el riojano Menem, que pretendía un tercer mandato, el puntano Adolfo Rodríguez Saá y el patagónico Néstor.

El resultado electoral fue muy repartido: Menem obtuvo el 24,45% de los votos y Kirchner el 22,25%, seguidos de López Murphy, Rodríguez Saá, Elisa Carrió y media docena de otros candidatos. Se venía el ballottage, pero Menem decidió no presentarse y Duhalde renunció. Y así fue como, por decisión del Congreso, le tocó a Néstor completar el mandato duhaldista y gobernar hasta diciembre de 2007.

Aunque en aquellos comicios yo había optado por anular mi voto, rápidamente simpatiqué con las primeras medidas del nuevo gobierno, como podrá apreciar quien recorra el archivo de este diario. Y aunque no busqué acercamiento alguno al flamante presidente, sí lo hicieron, aunque sin mi conocimiento, mis amigos Da-

niel Filmus –amistad que viene de los tiempos de la dictadura– y Rafael Bielsa, con quien siempre compartimos afinidades literarias. A ambos Néstor, en su primer gabinete, los había designado ministros de Educación y de Relaciones Exteriores, respectivamente.

Y fue así que una mañana de junio de ese 2003 Daniel me telefoneó a Resistencia anticipándome que me llamaría el flamante canciller, y colega en **Página 12**, para ofrecerme asumir como embajador argentino en Cuba. A ambos les dije que estaban locos, o poco menos, pero esa misma tarde me llamó Néstor y apenas atendí me dijo: “Mempo, necesito que se haga cargo de nuestra representación en La Habana. Es muy importante para nosotros”.

–Señor presidente –le respondí respetuosamente–: le agradezco mucho el honor que me dispensa, pero no puedo aceptar por razones familiares. Y además siento el deber de aclararle que yo a usted no lo voté.

–¡Ah, por eso no se preocupe! –dijo él en el teléfono, riéndose–, a mí casi nadie me votó pero aquí estoy...

Ref yo también, reconociendo que me caía muy bien el tipo, y como para ganar tiempo le pedí precisiones sobre qué esperaba de mí como embajador.

–Quiero en La Habana alguien a quien en Cuba respeten y sé que a usted lo conocen y respetan. Y es que tenemos que negociar muy bien los intereses argentinos. Nos deben más de mil millones de dólares.

–¿Y usted espera, señor presidente, que yo cobre eso? –le dije, tragando saliva–. Debo confesarle que todavía no conseguí que me devuelva cien pesos un amigo de la otra cuadra.

Néstor rio nuevamente y, atento y elegante, me pidió que lo pensara y saludó y cortó.

El asunto terminó pocos días después, cuando les comuniqué a Bielsa y Filmus las irrefutables razones familiares que me impedían aceptar, y les rogué que por favor me disculparan ante el Presidente.

Tiempo después, y ante su silencio, que interpreté podía ser molestia por mi negativa, le escribí una carta que jamás supe si recibió. Pero eso no me importó demasiado porque para entonces ya era militante de su causa.



El hombre que cambió las canciones

Por León Gieco

Si pienso en Néstor Kirchner, pienso en un presidente que duró tan poco... y que vino a reconstruir una gran parte de este país que estaba disuelto. Inevitablemente recuerdo algunos momentos compartidos, las esperanzas y preocupaciones que él tenía y expresaba; también la importancia que le daba al arte y la cultura, y que se vio reflejada en su gobierno.

No puedo hacer un análisis intelectual, no miro la vida desde ahí. Pero sí observo escenas, gestos, frases que a veces definen a las personas y que, en su caso, lo pintaron de cuerpo entero.

Al poco tiempo que Néstor asumió, recibí una llamada telefónica del vocero presidencial, Miguel Núñez (yo no lo conocía, y tampoco al Presidente):

—El Presidente te quiere ver.

—¿Para qué?

—No sé, te quiere pedir algo.

Así que fui a su despacho y él me estaba esperando. Me invitó a sentarme al lado suyo y me dijo:

—Mirá, Leoncito, yo quiero que vos hagas un concierto frente a la Casa de Gobierno para el 9 de Julio. Vamos a pedirle a la gente que traiga útiles para los estudiantes inundados de Santa Fe... y vamos a repartir chocolate con churros.

Eso que después terminó siendo una marca de su gobierno y el de Cristina para las fechas patrias, en esa época era algo totalmente extraño, y a mí me pareció buenísimo.

Néstor era un tipo totalmente llano y entrador, y hablaba con una determinación muy impactante. Me acuerdo que le pregunté:

—¿Y vos por qué me llamás a mí para hacer el recital?

—Porque escuché que vos creés en mí.

—¿Y cómo sabés?

—Porque te vi en el programa de Susana Giménez. Y tuviste razón: yo gané las elecciones.

Efectivamente, unos días antes de que Carlos Menem se bajara de la segunda vuelta, habíamos estado con Fito Páez en el programa de Susana Giménez —que en ese momento era lo más visto en televisión— para promocionar un concierto en Obras Sanitarias que se llamó “Con buena leche”



Presidencia

y sirvió para juntar agua y leche en polvo para los inundados. En un momento de la entrevista, Susana me preguntó: —¿Va a ganar Menem? Y yo le dije: —No, va a ganar Néstor Kirchner. Lo conocen poco pero lo escuché y creo en las cosas que dice.

En esas tremendas inundaciones de Santa Fe, habíamos decidido con Víctor Heredia que podíamos ir a tocar a donde estaban los inundados. Conseguimos un acoplado y nos decidimos a emprender el viaje. Fuimos tocando en diferentes lugares y fue increíble. Nos encontramos con personas que lo habían perdido todo... y que a vez agradecían mucho nuestra presencia y ese pequeño gesto que podíamos darles en ese momento acompañándolos con música.

Cuando hable con Néstor, él me dijo:

—Si querés, podés usar el balcón de Perón para tocar.

—No, te propongo que pongamos un escenario frente a la Casa de Gobierno y llamemos a otros

artistas. Y si vos querés que alguien vaya al balcón, que sean chicos de Santa Fe, que sufrieron las inundaciones, que ellos tengan ese lugar privilegiado.

Y así se hizo... dimos un concierto como 25 artistas, el balcón fue de los chicos y la Casa de Gobierno nuestro camarín, algo muy loco para esa época.

A mí me parecían increíbles las cosas que Néstor decía, y todo lo que quería hacer. Le dije:

—Si lográs hacer todo eso, vas a hacer caducar las letras de mis canciones. Porque varias de las letras que hice en los 90 están basadas en las leyes de impunidad, como la que dice: “Queremos ya un presidente joven, que ame la vida, que enfrente la muerte...”. Yo siento que si vos cumplís, vas a dejar atrás el significado de esas canciones.

—Y bueno, tendrás que empezar a cantar: “Tenemos ya un presidente joven...”, me dijo.

Y la verdad es que muchas veces la canté así, porque realmente sentía que él estaba logrando grandes cambios respecto a los derechos humanos.

La segunda llamada que recibí de Miguel Núñez fue para invitarme a la Quinta de Olivos. También iban a estar Víctor Heredia y Serrat, porque al día siguiente íbamos a dar un concierto para acompañar el discurso que Néstor daría sobre la calle Rivadavia, al

los atentados de Atocha, que habían sido muy recientes. Intentaba explicarle que estábamos todos expectantes, decididos y muy conscientes de la transformación que tendría ese lugar y de los intereses que se verían afectados.

Siempre que lo vi a Néstor, fueron momentos muy intensos: esos primeros conciertos, ir a La Perla —el centro clandestino de detención de Córdoba, también convertido en un lugar de memoria— y recorrerla con él. También los recitales en el Salón Blanco y en especial “Un Salón Blanco Diferente”, que fue con los chicos de Mundo Alas, por eso está el nombre de Néstor en los agradecimientos al final de la película.

Recuerdo que cuando me pidieron una canción para acompañar el futuro programa de alfabetización, compuse “Encuentro” y tuvo mucho repercusión. Por eso, en un almuerzo posterior

junto a Tristán Bauer y Daniel Filmus, surgió la idea de crear un canal educativo y cultural del Estado. Y cuando Filmus le contó la idea a Néstor, se prendió inmediatamente logrando esa gran revolución que terminó siendo Canal Encuentro.

Néstor fue un tipo al que voté pero sin conocerlo mucho, porque decía cosas interesantes en medio de un momento muy crítico y de gran incertidumbre. Un personaje que apareció de golpe y de golpe terminó sorprendiéndonos, *discursando* con un verbo bastante nuevo y con una convicción muy fuerte, pero sobre todo haciendo.

Muchos se olvidaron de todo lo que vivimos antes de que él llegara, que era como no tener país. Si hasta algunos teníamos miedo de que hubiese otro golpe militar... Con Néstor volvimos a creer en el país, en la política, en la militancia, fueron años de respiro y de mucha esperanza.

Estuve en dos o tres oportunidades más con él, en momentos muy importantes. Cuando Néstor murió, yo estaba presentando *Mundo Alas* en el Festival de Trieste, Italia, y fue muy conmovedor vivir eso a tanta distancia... desde el hotel hasta todos los bares de esa ciudad estaban reflejando la triste noticia. Esa noche terminé tocando para todos los argentinos que viven en Trieste y muchos lloraban abrazados, en una suma de tristeza y emoción.

El regreso de la política, su mayor legado

Por Victoria Ginzberg

El 26 de abril de 2003 publicamos en **Página 12** una nota que contaba las principales propuestas en temas judiciales y de derechos humanos de los candidatos de ese año. Reflejaba un cuestionario que habían hecho varios organismos de derechos humanos. Uno de los ítems indagaba acerca lo que pensaban sobre las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y otro sobre sus políticas hacia la Corte Suprema, dos cuestiones que estaban en agenda en ese momento.

Las respuestas de Néstor Kirchner fueron: “Coincido con el pedido de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y la actual postura del Gobierno de apoyar las resoluciones judiciales sobre la nulidad de esas leyes”. Sobre la Corte Suprema dijo: “No puede haber gobernabilidad con impunidad o sin un funcionamiento sano y republicano de los poderes del Estado. El accionar de la Corte se asemeja al de las corporaciones cuasimafiosas. Es una vergüenza que uno de los poderes del Estado utilice la extorsión como método de presión frente al Congreso y al Ejecutivo”. La Corte había declarado la inconstitucionalidad del corralito en medio de una puja con el gobierno de Eduardo Duhalde.

Mucho, lo principal de dos medidas profundamente significativas que Néstor Kirchner tomó y se convirtieron en bastiones de su gobierno, estaban en esas escuetas respuestas: el recambio de la Corte menemista y el inicio del llamado proceso de Memoria, Verdad y Justicia.

Pero nadie reparó en lo que significaban. Había que leer entre líneas y, sobre todo, había que tener alguna confianza o alguna expectativa en que la persona que las enunciaba tenía la voluntad y decisión de avanzar con medidas que implicaran, por ejemplo, cumplir con la opinión de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos acerca de anular las leyes de impunidad.

Y de todas formas, ¿por qué Kirchner decía que la postura del “gobierno actual” era apoyar las resoluciones judiciales que permitían juzgar a los represores si Eduardo Duhalde era ambiguo



en público y en privado estaba en contra?

No conocíamos a Néstor Kirchner.

No sabíamos que esa línea no estaba dirigida a nosotros sino que era un mensaje para el propio Duhalde que, poco después, con la elección definida, le ofrecería al próximo presidente que la Corte le solucionara “el problema”, y sacara, antes de su asunción, un fallo que volviera a clausurar la posibilidad de enjuiciar a los genocidas. “No vamos a hacer pactos que garanticen impunidad”, fue la respuesta pública de Kirchner, cuando comenzaron luego a escucharse esos rumores.

¿Por qué íbamos a tener confianza? Ya habíamos depositado algo de confianza en personas que de todas formas prometían poco y nada y todo había sido un desastre. También había pasado ya el tiempo de las asambleas populares como utopía de autogobierno en un país sin gobierno.

La política era tierra arrasada.

Kirchner tenía un plan y no mentía, no hacía una declaración que contradijera lo que se había trazado como horizonte pero tampoco daba pistas de más. Néstor era (y también Cristina es, lo estamos viviendo) muy cuidadoso y celoso con los anuncios. La información y las medidas se conocían cuando ellos lo definían. Le gustaba sorprender. Que pensarán que iba acordar, bajar un cambio cuando ya sabía que iba a redoblar la apuesta.

Le gustaba manejar los tiempos. A todos los políticos les gusta, pero no a todos les sale. A él, como a Cristina, le salía bien. Por eso se ofuscó cuando, al poco tiempo de su asunción, el juez español Baltasar Garzón mandó un pedido de extradición contra 46 militares acusados de genocidio en España. Garzón ya había rebotado con un reclamo similar durante la gestión de Fernando de la Rúa y, un mes y medio después de la llegada de Kirchner, decidió probar suerte con el nuevo gobierno. A Néstor no le cayó bien. No le gustaba que le marquen la cancha y, además, su objetivo era que los represores fueran juzgados en la Argentina, no en España. Pero tampoco podía oponerse a la solicitud de Garzón y, además, todavía era in-

cierto lo que pasaría en Argentina. “O los juzgamos acá o los extraditamos”, fue su definición. En agosto, el Congreso anuló las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y en 2005 la Corte ratificó con un fallo que eran válidos los juicios a los represores. Fueron y son juzgados aquí.

Sin la recuperación económica, el desendeudamiento, la reducción de la pobreza y la relación estratégica con los países de la región que coincidían en sus proyectos de soberanía política, el gobierno de Néstor Kirchner no hubiera sido el mismo. Pero la reapertura de los juicios contra los represores fue su marca de identidad. El 25 de mayo de 2003 dijo que era parte “de la generación diezmada”, en una definición que sorprendió a todos. Por primera vez, los desaparecidos, presos, sobrevivientes aparecían como un sujeto político en un discurso presidencial, con un presidente que se identificaba como parte de ese

colectivo. La generación de los 70 llegaba al poder. La reapertura de los juicios (y muchas decisiones posteriores que acompañaban esa cosmovisión) fue la forma de convertir en acción ese sentimiento, que no fuera solo retórica. Y no fue tan fácil y sin costos, como señalan algunos para bajarle el precio.

El principal legado de Néstor Kirchner no pasa por una u otra medida. El principal legado de Néstor Kirchner fue el regreso de la política. Fue la sensación de que podíamos entusiasmarlos, identificarnos, divertirnos, sorprendernos y mejorar nuestras condiciones de vida con la política. Que podíamos sacudirnos un poco el cinismo de los noventa y la angustia y la desazón del 2001.

Este año mi hija mayor vota por primera vez y la acompaño en su desconcierto. Deseo que los nietos de la generación diezmada puedan recuperar la palabra libertad como la entendían sus abuelos. A ella le deseo la sorpresa, el entusiasmo, el sentirse parte de un colectivo que la contenga y que pueda contribuir al bien común. Algo de lo que tuvimos en esos años. Algo que le acerque la vivencia de la potencialidad de la política.

Cómo se lo extraña, ¿no?

Por Martín Granovsky

Néstor Kirchner tendría hoy nada más que 73 años. Quince menos que los 88 del Pepe Mujica. Cuatro menos que los 77 de Lula. Y desde que murió hace casi 13 años, el 27 de octubre de 2010, los peronistas, e incluso los amigos del barrio sudamericano, repiten una frase. La expresan de muchas maneras. Quienes trataron a Néstor, por ejemplo, la dicen en primera persona del singular. Pero la forma no importa. La esencia es la misma: "Cómo se lo extraña, ¿no?".

Se extraña al Kirchner intendente de la Argentina, el Presidente que tenía dimensión concreta de los problemas y los resolvía en falsos dos minutos. Falsos porque antes escuchaba, preguntaba, sopesaba y calculaba.

Se extraña al Néstor que impulsó el juicio político a la Corte Suprema cuando no llevaba ni 15 días en el gobierno. Sabía que esas cosas se hacen con el poder fresquito o no se hacen nunca.

Se extraña al Néstor que sufría con la muerte de un militante social. Quizás ni Gustavo Beliz sepa que dejó de ser ministro mucho antes del día en que le pidieron la renuncia. Fue cuando la policía mató a Martín "El Oso" Cisneros, del Comedor Los pibes de La Boca. "No me lo puedo perdonar", rumiaba Néstor en la base de Guam, volviendo de China. Y después de rumiar cambió de jefatura de policía y de ministro.

Se extraña al Néstor rosquero de paciencia infinita.

Se extraña al Néstor del No al ALCA, una bolilla negra al plan estratégico de Bill Clinton y George Bush para dominar las industrias de servicios de América latina. El plan fue maquinado a fondo. Es cierto que un día le dijo a Jorge Taiana, coordinador de la cumbre de Mar del Plata de 2005, que no arrugara, que tenía su apoyo. Pero antes había arreglado el asunto con Lula y con

Hugo Chávez, para después sumar a Tabaré Vázquez y a Nicanor Duarte Frutos, y también había combinado con Ricardo Lagos que Chile respetaría el derecho de los demás al No.

Se extraña al Néstor que, como dijo Juan Perón el 17 de octubre del '45, pensaba que uno gobierna para que la gente esté cada día un poquito mejor, "y para que el fin de semana, hermanito", palabras de Néstor, "descansen tranquilos y puedan olvidarse de mi nombre".

Se extraña al Néstor que negociaba la quita de la deuda a cara de perro, porque de verdad pensaba que los muertos no pagan. De veras no era un simple argumento de discusión. No quería un país muerto.

Se extraña al Néstor que en 2005 resolvió desconectar a la

Argentina del Fondo Monetario Internacional, una conexión que no solo impide ejecutar una política económica propia: como explicaba por entonces Roberto Lavagna, es un factor de histeria social.

Se extraña al Néstor que no dudó en asumir la jefatura del peronismo bonaerense arrebatándosela a Eduardo Duhalde. Si no se es jefe en el momento indicado, después será tarde.

Se extraña al Néstor que no solamente pensaba la política sino que operaba, y operaba hasta el detalle final, para que la decisión no se quedara en el discurso. Es decir: preparaba el terreno, persuadía, ensanchaba, buscaba aliados y podía ponerse todo lo malo que permitiera la ley. Que para eso se es Presidente.

¿Y el Néstor jodón? A ése tam-

bién se lo extraña. El tipo vivía gastando. Truco, retruco. Le gustaba ganar. Truco, retruco. Pero el que por chupamedias se dejaba ganar en la gastada, era despreciado para siempre. Truco. Retruco. Quiero vale cuatro. Quiero.

Se extraña al Néstor ingenuo que se preguntaba por qué cada vez que iba a Nueva York los periodistas lo encontraban con tanta facilidad. Porque siempre ibas a Bice, Néstor. O a Novecento. Aunque después, en un gesto de amplitud ideológica, pasabas por la parrillita "Boca Juniors" de los bosteros de Queens.

Se extraña al Néstor que aprendió rápido la completa indiferenciación entre la política interna y la externa. Al fin de cuentas, el método de análisis es el mismo. Y el sistema de toma de decisiones también. Le apa-

sionaba la puja mano a mano y le fascinaba tejer alianzas. Se aburría con las rondas de discursos, pero quién no. Después de asumir tardó 15 días en darse cuenta de que era un capítulo a soportar si quería disfrutar de los momentos placenteros, los de un pasillo o un sillón frente a frente, semblanteando al otro.

Cómo no extrañar al dirigente abierto, nunca sectario, "qué bolsa de gatos que somos, hermanito", siempre flexible, "pero el jefe de la bolsa de gatos, hermanito, soy yo".

Se extraña al Néstor que sufría perdiendo, como en la disparatada campaña de 2009, pero que al día siguiente de la derrota, "che, no sean flojos", ponía la cara, "y a levantar el ánimo, ¿eh?".

Y está el entrañable y extrañable Néstor de la vuelta a los juicios contra los criminales de lesa humanidad. El que en 2006 se emocionó cuando Taty Almeida le contó por primera vez su historia. El que la abrazó largo, como abrazaba a la gente después de los actos.

¿Estará permitido no extrañar algunas cosas? ¿Se podrá no extrañar la guerra de las pasteras con Uruguay, incluso pese a la ingratitud de Tabaré con el tipo que le bancó el cruce de los uruguayos para que pudiera ganar en primera vuelta? ¿Se podrá no extrañar la pelea de la 125 llevada hasta la derrota, que empezó antes del voto no positivo? ¿Se podrá poner en otro lugar del recuerdo el emblocamiento de chacareros y cerealeros que tan caro se pagó políticamente en términos de relación con una buena parte de la clase media?

Lástima que no está para discutirlo ahora, a la distancia. A Néstor le hubiera encantado pelear.

Y se le extraña ese amor incondicional por Racing. Amor compartido, debo decir en este final que termina, sin pudor, así: "Cómo se te extraña, Néstor querido".



La refundación de la Corte

Por Irina Hauser

Néstor Kirchner dio su primer mensaje por cadena nacional el 4 de junio de 2003, dos semanas después de llegar a la presidencia. Duró seis minutos y veinte segundos. Fue rotundo e inolvidable. “Es el pasado que no entiende lo nuevo”, fue una de las frases que dejó impregnadas en la memoria colectiva. Con ella se le plantó a la Corte Suprema que no sólo se resistía a abandonar la lógica que había cultivado durante la era menemista, sino que lo amenazaba con redolarizar los depósitos de ahorristas que aún permanecían acorralados tras la crisis de 2001 y generar un caos. También le hablaba al Congreso y le pedía “con toda humildad pero con firmeza y coraje” que activara el mecanismo necesario (juicio político) para marcar “un hito hacia la nueva Argentina que queremos, preservando a las instituciones de los hombres que no están a la altura de las circunstancias”. Era el principio del fin de la Corte de la “mayoría automática”, sumida ya en el desprestigio y carente del apoyo del poder económico al que había beneficiado en tiempos de privatizaciones y grandes negociados.

Un día después de asunción de Kirchner, en París, comenzaba el torneo de tenis Roland Garros, al que todos los años asistía Eduardo Moliné O'Connor, el vicepresidente supremo designado por Carlos Menem en los noventa. El presidente era Julio Nazareno, pero el “cerebro” y “arquitecto jurídico” era el tenista.

—Anoten en el temario del próximo acuerdo el expediente del corralón, así se enteran de quiénes somos nosotros y quién maneja el plan económico— le ordenó Moliné a Nazareno en un llamado desde Francia.

Entre la mayoría de la Corte había ánimo de revancha tras la renuncia de su histórico protec-



I Télam

tor al balotaje y la llegada de Kirchner al poder. El “corralón” era una variante del llamado “corralito” (la primera de las restricciones bancarias), que forzaba la conversión de depósitos a bonos para quien quisiera recuperar su dinero guardado en el banco. El alto tribunal ya había declarado inconstitucional el corralito e invalidado la pesificación de depósitos de la provincia de San Luis. Pero no había establecido un mecanismo de devolución, por lo que tenía la oportunidad de ordenar devolver el dinero con el criterio del uno a uno, un peso por un dólar.

Kirchner no creía que fuera a ocurrir algo semejante. Estaba más preocupado porque la Corte validara las leyes de Punto Final y Obediencia Debida. Pero Moliné había redactado un proyecto de fallo para dolarizar los ahorros. Lo había armado en plena campaña y pedía activarlo. Quien alertó al Gobierno fue alguien que hoy sería un interlocutor impensado: Juan Carlos Maqueda, designado durante la breve presidencia de Eduardo Duhalde, para lo que tuvo que dejar el Senado, de donde traía una buena relación con Cristina Fernández de Kirchner. El aviso lo recibió también el entonces ministro de Justicia, Gustavo Beliz, el primero que salió a pedir públicamente la renuncia de los supuestos que representaban a “la

Corte adicta”. Nazareno se sintió aludido y cuando lo encararon varios periodistas a la salida de Tribunales, vomitó furia, habando en mano: “Si ahora sacan a esta Corte, ¿usted cree que van a poner a los enemigos?” Un cronista le preguntó si intentaba extorsionar: “¡Dejate de joder!”, contestó.

—Este tipo enloqueció—le dijo Alberto Fernández, entonces jefe de Gabinete, a Kirchner. Le llevaba la desgracia de las declaraciones del cortesano. Enseguida el Presidente comenzó a elucubrar la idea de hablarle al país por cadena, algo que volvió

a hacer una sola vez, más cerca del final de su mandato. Convocó a los más cercanos a la Quinta de Olivos. La mesa estaba armada para la cena. Néstor y Cristina se sentaban frente a frente. Carlos Zannini, secretario legal y técnico estaba a la derecha de él. Fernández a la izquierda de ella. Habían adoptado esos lugares fijos, como una familia. Roberto Lavagna, ministro de Economía, demoraría un poco más. Había ido a la Corte a ver en reserva al juez Adolfo Vázquez para confirmar si era cierto lo que les había transmitido Maqueda. Llegó tan acelerado y desencajado que cuando CFK le ofreció cenar él le preguntó con un automatismo: “¿Qué hay de comer?” Había pescado. Todos se rieron pero recibieron la peor noticia. “Es un

golpe judicial”, definió la entonces senadora. Y sugirió “que el Poder Legislativo cumpla su papel”.

La redacción del discurso de Kirchner llevó la impronta de Cristina y de Zannini. No tenían infraestructura para hacerlo en vivo. Lo grabaron con una cámara de Canal 7 y lo emitieron a las 21. “Queremos una Corte Suprema que sume calidad institucional y la actual dista demasiado de serlo”, proclamó Néstor. “Es escandaloso que intenten tomar de rehén la gobernabilidad”, enfatizó. “Es el pasado que se resiste a

conjugarse el verbo cambiar que el futuro demanda”, agregó. Le dedicó una línea a Nazareno por “sus impropias afirmaciones” a los medios. Y prometió que enfrentaría “cualquier negociación espuria o mecanismo de presión”. Al día siguiente, el expresidente supremo llegó desafiante al Palacio de Justicia y cuando lo encararon los periodistas sobre el fallo que podría salir se burló: “Sí, es una de las cosas que tengo que extorsionar”. Dijo que iba a discutir con sus pares, a quienes les propuso sacar una respuesta de todos, pero lo dejaron solo. Siguió inmovible varios días. Maqueda le escribió una carta pidiéndole la renuncia. Los secretarios lo mandaron a presentarla por la mesa de entradas.

Uno de los temores de Kirchner era que le pasara lo mismo que a Duhalde, que había fallado en el intento de enjuiciar a la Corte. Pero el contexto había cambiado, el tribunal no tenía red, el Presidente mostraba determinación política y los legisladores tampoco se arriesgarían a ser cómplices de una catástrofe económica. Menos de tres semanas después del mensaje del Kirchner, Nazareno ya era citado por la Comisión de Juicio Político de la Cámara de Diputados, que presidía el tucumano Ricardo Falú, y que le formuló 16 car-

gos. Renunció antes de presentarse. Lo mismo sucedió con Guillermo López y Adolfo Vázquez. Moliné O'Connor, con 67 pedidos de enjuiciamiento, y Antonio Boggiano, con 56 acusaciones, fueron destituidos.

Mientras se iniciaba el proceso de renovación de la Corte, Kirchner impulsó una nueva forma de nombrar a sus integrantes. Firmó el decreto 222/03, que estableció audiencias públicas, la representación de mujeres y un sistema para que la ciudadanía participara de la evaluación de los candidatos. En la búsqueda de nombres tenía una idea fija: el/la primero/a debía ser alguien con prestigio, que desafiara a las corporaciones y causara irritación. A todos les

preguntaría que pensaban hacer con el corralito y las leyes de impunidad. Eligió primero a Raúl Zaffaroni. La designación de Carmen Argibay la sugirieron Cristina y el exrepresentante del Poder Ejecutivo en el Consejo de la Magistratura Joaquín Da Rocha. La de Elena Highton de Nolasco llegó por Alberto Fernández. Por Ricardo Lorenzetti, el menos conocido, “militó” ante CFK el exsenador Nicolás Fernández.

Al pasado ya se le imponía lo nuevo, la Corte más prestigiosa en muchos años.

A 20 años de la asunción presidencial de Néstor Kirchner, recordamos en estas palabras sus ideas y sus acciones.

¡Luchen!

**Porque vienen por sus sueños
y el futuro de la patria.**

Néstor Kirchner



Tres veces con Néstor

Por Raúl Kollmann

Vi a Néstor Kirchner tres veces. Todas de noche, muy de noche, diría alrededor de las 23 o más tarde todavía. Y en los tres casos en la Casa Rosada. Esperando un poco en la antecámara, el policía que guardaba la puerta la primera vez, me confesó: “uff ¿a qué hora se irá hoy?”. Los horarios estaban trastocados. “No se va más”, redondeó.

Aquella primera visita, septiembre de 2003, se dio cuando estaba en plena renegociación de la deuda con los bonistas. Delante mío habló con Roberto Lavagna, que seguramente llamaba desde Dubai, el lugar donde se presentarían los términos del canje de los bonos que tardó dos años en concretarse. Alguien le trajo a Néstor un inalámbrico y se dedicó un buen rato a criticar lo que se iba a presentar. Pero no de modo general. Decía: “el punto 31 no va así como está, tiene que ir esto otro”; “el punto 54 hay que sacarlo”. Era evidente que algunas cosas no le gustaban a Lavagna y se pusieron a discutir. “Roberto, va esto. Y punto”, remató Kirchner. Eso, por supuesto, me quedó en la memoria. Por dos razones. La primera, por lo detallista. Por su pinta, Néstor, siempre desgarrado, no me parecía alguien tan centrado en los detalles. Es cierto que se conocía la historia de que todos los días anotaba en un cuaderno la recaudación y los gastos del Estado. Pero, sobre todo, me impactó cómo se imponía a Lavagna. Veníamos de las presidencias en que los ministros de Economía eran los reyes: Cavallo, Sourrouille y el propio Lavagna durante el gobierno de Eduardo Duhalde. No lo pensé entonces, pero era el regreso de la política en todo el sentido de la palabra. Igual, me fui pensando “está chapita, un loco lindo, pero chapita”.

La segunda vez que lo vi, siempre en la noche cerrada de la Casa Rosada, fue en algún momento del primer semestre de 2005. Esa vez, arrasó con otra idea que tenía de Néstor: que era



Adrián Pérez

afable, contemporizador, un político tradicional que arreglaba gran parte de las cosas con acuerdos de cúpulas y chamullo. De golpe te hacía una especie de chiste del secundario: te tocaba el hombro de un lado y se reía del otro. Pero, puesto a gobernar, era una furia.

Se venían las elecciones de medio término, parlamentarias. Todos recordarán que una de las claves para la llegada de Kirchner a la Casa Rosada fue el acuerdo con Eduardo Duhalde: el peronismo bonaerense aportó los votos para aquel 22 por ciento de 2003

y luego Menem renunció a pelear el ballottage. Recuerdo que le pregunté, como al pasar, si ya estaban conversando con Duhalde sobre las listas para la elección legislativa de ese año, 2005. “¿Conversando? Nooooo”, me dijo. Yo no lograba entender. “Vamos a ir con Cristina contra Chiche Duhalde”, me adelantó. En aquel momento confrontar con Duhalde pintaba para guerra atómica. Algunos dicen que Néstor creía más en una demolición lenta del duhaldismo, que Cristina fue quien lo convenció y que Solá —entonces gobernador— acompañó la idea. No lo sé. En aquel momento, pintó para locura. Por supuesto que yo lo miraba pensando “este hombre no está bien”. Resultado: Cristina 44 por ciento, Chiche, 19. Caso cerrado.

Y la tercera vez que fui a Casa Rosada, nuevamente a una hora

ridícula de la noche, me cacheé, aunque tengo que admitir que lo entendí recién ahora, 17 años más tarde. Fue en 2006 y se estaba debatiendo una reforma del Consejo de la Magistratura. El decía que debían tener más peso los políticos, diputados y senadores, es decir los votados. Y menos peso los jueces y abogados. A mí me parecía (lo digo con vergüenza) que era politizar la Justicia. Me miró fijo y me fulminó: “ah, estás con las corporaciones”, soltó con algo parecido al desprecio. Repito, casi dos décadas tardé en darme cuenta de

lo que me dijo y muchos otros tampoco lo vieron: de hecho, la Corte Suprema ahora volteó aquella ley sobre la que hablamos en su despacho. Recién ahora percibo lo que significa el dominio de las corporaciones de jueces y las corporaciones de abogados, de la vereda opuesta a lo progresista, en la Argentina, en Brasil, en Ecuador. Aquella noche, obviamente, me fui repitiendo “éste está mal de la cabeza”, pero en ese momento ya era un indiscutible, que tenía algo así como el 60 por ciento de aprobación en las encuestas.

No sé por qué. Pero nunca más volví al primer piso de la Casa Rosada. No hablé nunca con Cristina, menos aún con Mauricio Macri y no vi a Alberto en lo que va de su gobierno. Fueron apenas aquellas tres veces.

Tal vez es sólo casualidad.

Volver a creer

Por María Pia López

El tiempo: experiencia esquiva, a veces tembladera, otras pausado andar. Las conmemoraciones son el recordatorio a veces brusco de eso transcurrido. Digo: 20 años de un acontecer que recuerdo. Que un poco lo siento a la vuelta de la esquina, pero las más de las veces, la historia de un país demasiado diferente. Néstor llegó a la presidencia y, rápidamente, nos hizo saber que su historia venía de mucho antes, que se pensaba como un sobreviviente de los setenta y que tenía una deuda con las y los compañeros de esos años. Que no estaba dispuesto, así lo dijo, a dejar sus convicciones en la puerta de la Casa Rosada. ¿Le creímos? Poco. Aunque estaba la herida en su cara, producida por el entusiasta arribo, y una cierta desmesura que se le notaba en cada gesto. Una alegría por la política, que no a todas las personas les acontece.

Asumía en un país convulsionado, con enormes contingentes de la población en la pobreza, pero con voluntades organizativas y no pocas invenciones en el repertorio de las acciones políticas. Piquetes, asambleas, cacerolas, fábricas tomadas, habían diseñado un mapa nuevo de identidades, de formas de lucha, de argumentos. A esa indisciplina social se la quiso cortar de cuajo con dos asesinatos en el Puente Pueyrredón, y ahí la crisis se llevó puesto al gobierno y las elecciones transcurrieron. Kirchner asume en ese contexto, con el saber de esa crisis. Prometiéndolo, y esa fue una de las claves de su gobierno, que no habría muertos por la criminalización de la protesta social. Asume el gobierno, pero fundamentalmente asume una entera coyuntura: las responsabilidades, un modo de actuar y hacer política que no podía ser el previo a los acontecimientos de un tórrido diciembre.

Recordar una fecha es puntuar y organizar tras ella una serie de genealogías, un reacomodamiento de las herencias y también leer, con el diario del día después, lo que sucedió como ineluctable o al menos la más virtuosa de las acciones. Néstor procuró una revalorización de la política. Allí donde aún resonaban los ecos del grito airado que se vayan todos, puso en juego mil y una estrategias para mostrar que la acción de gobierno podía ser transformadora y reparatoria, que era menester atender las situaciones sociales más gravosas y a la vez impulsar la reanudación de los juicios contra los responsables del terrorismo de Estado. No aceptaba la

condena neoliberal de volver impotente a la gestión pública, convertida en mera administración de una sociedad dañada. Sin ese esfuerzo de volver a considerar las condiciones en las que hacer política no es una mera extracción de recursos y esfuerzos de la sociedad, no había desmentida de los ímpetus destituyentes decembrinos.

Era un gobierno de urgencias, atezado por las presiones de los poderes económicos, pero habitaba un tiempo extraño, en el que esos poderes estaban sacudidos por el miedo de una catástrofe social sin precedentes. De algún modo, Kirchner leía esa incertidumbre por abajo de las amenazas, y percibió que tenía un pequeño espacio para producir hechos políticos de envergadura. Así, modificó la composición de la Corte Suprema de Justicia: impulsó el juicio político a sus integrantes, algunos renunciaron, otros fueron destituidos, y se reglamentó el modo en que los jueces debían ser elegidos. De esas modificaciones surgía una Corte integrada por juristas de mucho prestigio, con perspectivas propias

y diferentes entre sí. ¡Qué lejos estamos de esos años, sumidos, ahora, en un pantano de trapisondas judiciales, expedientes amañados y citas en escondidos lagos!

Visto desde ahora, aquellos inicios proliferaban en decisión política. Abundaban en un quehacer desde la fragilidad, capaz de leer con velocidad las fuerzas contrapuestas y las posibilidades de incidir para torcer el rumbo. Ese que llegaba, magullado y tambaleante, a la asunción del gobierno, terminaría donando su nombre para un entero movimiento político, porque sería el nombre que llevaría a muchas personas de nuevo al entusiasmo por la vida pública, a los trasiegos de las militancias, a los énfasis de la acción. Le creímos, con el tiempo, como tantas otras personas. Tanto quienes se reconocen con afecto en esa historia, como quienes lo desdeñan como productor de males para la existencia nacional, aceptan el nombre como parteaguas y bautismo. Quizás es el nombre, fundamentalmente, de esa recomposición de una política devastada. De la recomposición,

también, de los antagonismos.

Alguna vez llegó, después de una derrota electoral en la provincia de Buenos Aires, a una asamblea de Carta Abierta en el Parque Lezama. Horacio González lo recibió con hermosas palabras de compañerismo y reflexión. Néstor estaba allí porque perder no es abandonar. Antes, lo había visto en una noche demasiado fría de 2008, en la Plaza de Mayo. Sólo había un puñado de personas, ateridas y asustadas ante la ofensiva callejera de quienes confrontaban la política de retenciones móviles. Quien había sido presidente llegó con un puñado de ministros y la plaza retumbó de un nuevo entusiasmo y, también, de un miedo novedoso. Tan frágil era todo que el ex presidente debía estar allí. Esas escenas ya estaban prefiguradas en su modo de gobernar: rápido, sin ceremonial, dispuesto al riesgo, tramitando las cuestiones más difíciles entre otros, cultivando un pragmatismo que no era concesión a los más poderosos sino espera del momento oportuno, capaz de vivir la derrota sin que significara una deserción.



Nunca perder la capacidad de soñar

Por Gisela Marziotta *

¿Quién hubiera dicho que un intendente de Río Gallegos iba a llegar a sentarse en el sillón de Rivadavia? ¿Quién hubiera sospechado que un militante setentista se pondría a hacer política territorial desde el sur de la patria, hasta llegar a conducir la Nación entera? ¿Quién hubiera apostado que, luego de ser electo con apenas el 22 por ciento de los votos, ese hombre impulsaría un movimiento político que volvería a convocar a la juventud con la idea de que el Estado y la política pueden ser una herramienta transformadora?

La palabra clave para entender a este hombre y el proceso que inició fue nombrada en su primer discurso, cuando asumió la presidencia el 25 de mayo de 2003. “Sueño”: “vengo a proponerles un sueño”. La apelación onírica puede sonar pomposa, fantasiosa o demagógica, pero es el verdadero motor de la política: tener la capacidad de imaginar algo distinto, un futuro impensado y virtuoso. Luego, por supuesto, tener el coraje de llevarlo adelante.

Néstor se encontró con un país arrasado por las políticas de corte neoliberal comenzadas en la última dictadura cívico-militar, en 1976, y luego profundizadas durante los años noventa. Más del 45 por ciento de la población bajo la línea de pobreza, una desocupación que superaba los 20 puntos, una deuda externa sin precedentes hasta entonces, el aparato productivo destruido, las jubilaciones y las empresas estratégicas privatizadas, una sociedad descreída de la política, subida a la exclamación del “que se vayan todos”. Esto último no es un detalle menor: más allá de la tremenda destrucción material sufrida por el Estado y el pueblo argentino, esas políticas, ayer y hoy, provocan algo igual de grave, que en este tiempo vemos acechar nuevamente. Se trata de la destrucción simbólica de lo histórico y lo social, de la postulación de que no hay salida posible, de que la lógica del mercado

es la única guía en la oscuridad que ella misma genera.

“Soñé toda mi vida que éste, nuestro país, se podía cambiar para bien”, dijo Néstor aquel 25 de mayo, hace ya 20 años. Y lo que hasta ese momento era un sueño, se puso en marcha. Apareció entonces la otra palabra clave: “memoria”. “Llegamos sin rencores, pero con memoria. Memoria no sólo de los errores y horrores del otro, sino también es

de algún lado, nos están viendo y mirando; sé que se acordarán de aquellos tiempos; sé que por ahí no estuvimos a la altura de la historia, pero seguimos luchando como podemos, con las armas que tenemos, soportando los apretujones y los aprietes que nos puedan hacer. Pero no nos van a quebrar, compañeros y compañeras. Aquella bandera y aquel corazon que alumbramos de una Argentina con todos y para to-

colonizar el futuro de los argentinos y argentinas. El pago por adelantado de la deuda que asfixiaba a la Argentina fue cuestionada entonces desde derechas e izquierdas, pero Néstor sabía que era el paso necesario para empezar a construir una patria justa, libre y soberana. El 15 de diciembre de 2005 anunció el pago total: “Estamos con este pago sepultando buena parte de un ominoso pasado, el del endeuda-

ro, por supuesto, no sin una infinidad de situaciones adversas—, el camino del sueño quedó más allanado. Fue el comienzo de la transformación y de las conquistas: la ley de financiamiento educativo, la moratoria en las jubilaciones que luego se reforzaron con la estatización de las AFJP; la renovación de la Corte Suprema de Justicia; la reapertura de los juicios de lesa humanidad de la última dictadura; el armado de un frente latinoamericano en alianza con los principales líderes de la región; el impulso de una política económica virtuosa desde la macro, con redistribución del ingreso, generación de fuentes de trabajo, que se tradujo en una reducción de la pobreza. Tarea que continuó y profundizó en los siguientes dos mandatos Cristina Fernández de Kirchner.

La lista de estas conquistas es larga, pero quiero detenerme en el aspecto al que le dediqué estas líneas: el sueño y la recuperación del futuro. Porque la recuperación de la memoria es también la lucha por el futuro, es traer del pasado la idea de que sí se pueden cambiar las cosas. Y ese mensaje, tal vez su mayor legado, fue el que les dejó a los jóvenes. Uno de sus últimos discursos fue en el estadio de Ferro, el 11 de marzo de 2010, para conmemorar la victoria de Héctor Cámpora en 1973. Allí Néstor les habló a los jóvenes: “¡canten, sueñen, fuerza...!” fue el mensaje. Les hablaba un hombre de alma joven, que nunca perdió la irreverencia: “Nosotros, que desde muy jóvenes militamos, sabemos que la evolución de los tiempos lleva a que hay miles de jóvenes en el país, millones que van a conducir la Argentina en los próximos años, en los próximos lustros y va a ser para bien de la patria. Nosotros hagamos las bases que tenemos que hacer en este tiempo”.

Néstor sabía, antes que nada, que lo último que debían arrebatarnos era precisamente eso: la capacidad de soñar un futuro mejor.



AFP

memoria sobre nuestras propias equivocaciones. Memoria sin rencor que es aprendizaje político, balance histórico y desafío actual de gestión”.

Tal vez el gesto simbólico más fuerte en este sentido fue la creación del Museo de la Memoria en la ex ESMA. Ese día, en un discurso breve pero potente, habló como Presidente y, sobre todo, como militante que interpela a sus compañeros y compañeras de lucha: “sé que desde el cielo,

dos, va a ser nuestra guía y también la bandera de la justicia y de la lucha contra la impunidad. Dejaremos todo para lograr un país más equitativo, con inclusión social, luchando contra la desocupación, la injusticia y todo lo que nos dejó en su última etapa esta lamentable década del '90 como epílogo de las cosas que nos tocaron vivir”.

Pero la realidad, la administración de lo posible, estaban a la orden del día, materializado al igual que hoy en el peso de los organismos internacionales, en particular el Fondo Monetario Internacional y el peso de una deuda externa como forma de

miento infinito y el ajuste eterno”, dijo entonces, y agregó: “Queremos dejar atrás el tiempo de la profecía autocumplida, que apuesta siempre al fracaso de los demás y anuncia siempre que todo va a salir mal”. Fue, en sus palabras, un “paso trascendental, que nos permitirá mirar sin imposiciones, con autonomía y tranquilidad, sin urgencias impuestas, sin presiones indebidas la marcha de nuestro futuro”.

Librados de esas ataduras —pe-

* Diputada nacional por el Frente de Todos.

Las frías elecciones que calentaron la historia

Por Karina Micheletto

Una elección con más frío que en Siberia”, titulaba **Página 12** diez días antes de los comicios del 27 de abril de 2003. Tal vez todo lo que pasó inmediatamente después —tan veloz, inesperado— haya contribuido a diluir en el recuerdo colectivo lo que fueron esos comicios post estallido. Repasarlos es otra manera de dimensionar por qué este suplemento se llama, simplemente, *El hombre que cambió la Argentina*.

El recorrido por los diarios de época coincide con el recuerdo personal: la herida aún abierta y sangrante del 2001, la deriva tras la bronca social activa, que había sido capaz de crear nuevas formas de organización, el “que se vayan todos” sedimentado en un pasivo y nihilista “venga quien venga, es lo mismo”. “La gran mayoría tiene decidido el voto pero no cree que haya grandes cambios. A diez días de los comicios, los encuestadores coinciden en que los candidatos no despiertan gran entusiasmo ni siquiera entre sus propios electores. Pese a ello, no hay indicios de que aumente el voto bronca en una campaña sin grandes caravanas ni debates. Esta quinta elección presidencial desde el retorno de la democracia será la más fría de todas”, detallaba la nota.

Aquellas elecciones que llevarían al triunfo a Néstor Kirchner, y que —no lo sabíamos, no lo esperábamos siquiera— cambiarían el país, se presentaban como una de las más extrañas y anómalas de la historia. Terminaron siéndolo, de hecho: Menem se bajó del ballottage de la manera más irresponsable, dejó a su contrincante asumiendo “con más desocupados que votos”. “Las encuestas que unánimemente le auguran una derrota sin precedentes en la historia electoral permitirán que los argentinos conozcan su último rostro: el de la cobardía. Y sufran su último gesto: el de la huida”, le dedicaba el entonces presidente electo.

Aquel abril de 2003 queda tan lejos y la montaña rusa que es la Argentina tira tantos subidones y descensos infernales que uno se olvida, pero cuando a Kirchner lo votó el 22,7 por ciento pasaba esto.

Los organismos de derechos humanos publicaban solicitadas y organizaban marchas frente a la Corte Suprema exigiendo la derogación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final.

dura y reducción del Estado. El brevísimo exministro de De la Rúa saturaba las pantallas con un despliegue publicitario tan inusitado que era motivo de notas, y no mostraba objeciones al ser aludido como “el candidato del establishment”. Ganaría por lejos por jugar con el caballo del comisario, se decía abiertamente, y varias consultoras lo refrendaban. Terminó sacando el 16% de los votos, sólo dos puntos más

como vicejefe de Gobierno en las elecciones del 8 de junio: Daniel Filmus, un novato en la puja electoral. Pero el exsecretario de Educación porteño terminaría, solo un mes después, acompañando a Kirchner como ministro de Educación de la Nación a desterrar el conflicto con los docentes entrerrianos, a 48 horas de asumir su presidencia. “Sé que entre todos otro país, aunque a algunos no les guste, se viene”,

anunciado futuro ministro de Defensa si ganaba Menem.

Kirchner cerró en La Matanza; antes recorrió todos los canales, y presentó un libro en el teatro Coliseo que se llamaba, simplemente, *Plan de gobierno*, con la bandera y una firma en la primera página: *Néstor Kirchner. Argentino*. Algunos de sus textuales: “Nos proponemos recuperar los valores de la solidaridad y la justicia social que nos permitan la construcción de una sociedad equilibrada”. “El mercado organiza económicamente pero no articula socialmente”. “El Estado debe actuar como reparador de las desigualdades sociales a través de una tarea constante de inclusión social”.

De fondo, el contexto internacional estaba marcado por la guerra de Irak, que en **Página 12** cubría con excelencia y despliegue Eduardo Febbro. El país seguía conmocionado por el asesinato de María Marta García Belsunce, que había ocurrido seis meses atrás. En **Página 12** Raúl Kollmann insistía en soledad sobre las pruebas contra el sospechoso que recién veinte años después serían tenidas en cuenta en un nuevo juicio, Nicolás Pacheco. A nadie sorprendía ni merecía mucho lugar que Luis Tula, condenado como partícipe necesario por la violación y muerte de María Soledad Morales (por entonces no existía la figura ni la idea de femicidio) recuperara su libertad después de cumplir dos tercios de una condena de nueve años.

“A mí me gustaría que al apoyo bonaerense se lo empezara a ver de otra forma. Yo hice una arquitectura de construcción de poder, una alternativa que realmente pudiera terminar con el menemismo”, respondía Kirchner a **Página 12** después de aquellas elecciones. Sus palabras pasaban entre tantas porque no era posible entonces dimensionar a ese animal político que empezaba a hablar otro lenguaje. Que llegó como un giro impredecible de la historia, un cambio no anunciado ni esperado cuando todo parecía perdido y por perderse.



TELAM

Una siempre joven Norita Cortiñas grafiteaba las escalinatas de Tribunales con la consigna de la hora: “La impunidad solo genera impunidad”.

El programa de Mirtha Legrand congregaba candidatos y marcaba agenda nacional. La señora de los almuerzos, que por entonces lucía pollera arriba de la rodilla, blanqueaba que su preferido era López Murphy, abanderado de un discurso de mano

que Adolfo Rodríguez Saá y Elisa Carrió.

Mientras una encuesta arrojaba que el 76 por ciento de los chilenos creía que el embarazo Bolocco-Menem era una *fake news* (en la época se decía “una farsa inventada para sumarle chances electorales”), el expresidente posaba sonriente mostrando un par de esarpines en la tapa de la revista *Caras*: “A mi bebé pienso acunarlo, cambiarlo y darle mamadera”.

En la ciudad de Buenos Aires, un Aníbal Ibarra a quien todavía no le había pasado Cromañón por encima presentaba al elegido para acompañarlo en la fórmula

decía Kirchner en Entre Ríos, al firmar el acuerdo.

Los actos de cierre de campaña tuvieron sus condimentos propios. El de Menem fue en River, con Adelina de Viola, Juan Carlos Rousselot, Armando Gostanian, Herminio Iglesias, entre la concurrencia. “Viaje al tren fantasma”, titulaba **Página 12**. Vicente Massot, el exdirector del diario *La Nueva Provincia* imputado por delitos de lesa humanidad, era

El que vino a proponer un sueño

Por Melisa Molina

El invierno de 2004 fue muy duro en Esquel. Un temporal de nieve y lluvia hizo crecer los ríos, hubo inundaciones, se cayeron puentes y también el techo del gimnasio municipal donde yo —una nena de diez años— iba a natación. El 1º de julio de ese año mi mamá parió a mi hermano menor con goteras dentro del quirófano y con un frío que calaba los huesos. En mi casa, incluso, había una parte que no se usaba porque no la llegábamos a calefaccionar, entonces dormíamos con el colchón en el comedor. Seis días después del temporal, Néstor llegó a la ciudad. Hacía poco más de un año había asumido como presidente de un país destruido y fue a Esquel para presentar un plan de obras que recompongan lo que había roto la nieve, escuchar los reclamos, tratar de reparar años de abandono estatal. También entregó subsidios. “Esta Patagonia dejará de ser el patio trasero del país”, prometió en el discurso que dio desde una escuela.

Uno de los días que Néstor estuvo en Esquel, mi papá y yo habíamos ido al supermercado La Anónima. Justo en frente estaba el hotel Tehuelche. Antes de bajar del auto vimos que entraba por la puerta principal un hombre muy alto y flaco, que tenía puesto un sobretodo negro. Todavía en el Renault 18, con la calefacción prendida, mi papá limpió el vidrio empañado con la manga de la campera, lo señaló y me dijo: “acordate de esto: ese que entra ahí es el Presidente, un tipo que también es del Sur”. No lo decía con mucho entusiasmo, más bien cómo con un dejo de resignación. Veníamos de años duros y nadie creía en la política. Eso lo iba a entender bastante más adelante, aunque ya lo percibía.

Años después, me acuerdo del día de su muerte. Tenía 16 años y estaba en la escuela secundaria. Estábamos mejor, habíamos cambiado el auto y, con los programas de cuotas sin interés, mis papás habían empezado a comprar materiales para, muy de a poco, construir unos departamentos en el fondo de mi casa y al-

quilarlos. Como la guita no sobraba, mi papá, que era docente como mi mamá, se había anotado como censista y esa mañana trabajó. Al mediodía llegó a mi casa y nos dijo: prendan la tele, murió Néstor Kirchner.

Muchos jóvenes marcan esa fecha como el inicio de su militancia. Facundo Martínez es uno entre tantos. En 2010 tenía 22 años y recuerda que cuando se enteró que Néstor había muerto salió desesperado de su casa en Cañuelas para ir a Plaza de Mayo. Llegó solo con una carta en la mano y con mucha angustia. Empezó a hacer la fila para poder despedir al Presidente en Casa Rosada. Fue la primera y única vez que pasó la noche en la ca-

Luna Park. En ese momento el Presidente ya estaba mal de salud, pero igual fue al plenario, aunque no pudo cerrarlo, lo hizo CFK.

Mi interés por la política y la militancia, sin embargo, no empezó ahí. Empezó en 2011, cuando con un grupo de compañeros se nos ocurrió conformar un centro de estudiantes en nuestra escuela porque no teníamos uno. En octubre, exactamente un año después de la muerte de Néstor, la Dirección Nacional de Juventud convocó a un encuentro de centros de estudiantes que se iba a hacer en Buenos Aires y, como yo era la presidenta del de mi escuela, viajé.

Nos subimos a un colectivo que frenó

en muchos casos, también por militar en un centro de estudiantes. Hubo música, obras de teatro, charlas y cerró el acto una señora con pañuelo blanco en la cabeza. Era Hebe de Bonafini.

Cuando asumió Néstor yo tenía nueve años. En un principio pensé escribir en esta columna sobre él y la juventud y fue así que recopilé que, durante su mandato, impulsó una nueva Ley de Educación que fue más democrática e inclusiva que ninguna anterior; que destinó el 6,4 por ciento del PBI para la educación, la mayor participación hasta el momento; que construyó más de mil escuelas y que fomentó la educación técnica. También que se abrieron programas para que los

jóvenes que abandonaron la escuela puedan retomarla y que lo hicieron más de 32 mil. Solo en el 2006 el gobierno entregó más de siete millones de libros y, además, las primeras 50 mil computadoras bajo el programa “Argentina Conectada”, que fue el germen del Conectar Igualdad, gracias al cual yo recibí mi primera computadora. Después se me ocurrió que también podía sumar a esta columna fragmentos de mi historia porque, seguramente, es similar a la de muchos y muchas a los que ese hombre flaco y de sobretodo negro nos cambió la vida.

Revisando los discursos de su mandato encontré que en julio de 2008, en pleno conflicto con las patronales agropecuarias, Néstor habló en la Plaza del Congreso. Antes de terminar dijo:

“Quiero decirles a los jóvenes argentinos, hermanos de la juventud, militen donde militen, hoy ustedes tienen la posibilidad de hacer el cambio en paz y en democracia que nosotros como generación no tuvimos. Por eso participen, opinen, sean transgresores. Por eso ganen las calles, recorran las universidades, los talleres, los trabajos. La juventud tiene que ser el punto de inflexión de la construcción del nuevo tiempo”.

Hoy, a 20 años de su asunción y ante el avance de propuestas negacionistas y conservadoras que llaman la atención de los más jóvenes, quizás sea momento de volver a proponer un sueño.



Presidencia

lle, pero consiguió ser uno de los primeros en entrar. Al día siguiente corrió detrás del auto que llevaba sus restos todo el trayecto hasta Aeroparque.

Se acuerda que en la vigilia conoció a una familia de Avellaneda. Habían sido cartoneros y vivían de la basura hasta que, con el gobierno de Kirchner, empezaron a mejorar su situación. Cobraban una asignación del Estado y arrancaron a trabajar en una cooperativa. “Yo mamá el peronismo de chiquito, pero con Néstor lo viví y pude ver la alegría de los más humildes”, dice. Unas semanas antes había participado del acto que Néstor organizó con las agrupaciones juveniles en el

muchas veces a lo largo de los dos mil kilómetros que nos separaban de la Capital y en todas las paradas se sumaban chicos y chicas. Todos estábamos muy entusiasmados. *Esos días significaron para mí un antes y un después.* Tres mil jóvenes de todas las provincias fuimos a conocer Tecnópolis y la ESMA, que había sido recuperada como Sitio de Memoria hacía unos años. Cuando entramos al predio del ex centro clandestino sentí el aire denso y gris. Un gris que desentonaba con nosotros, que estábamos charlando, cantando y riéndonos. Nos recibieron las imágenes de cientos de caras en blanco y negro de pibes a los que habían matado,

Lo más audaz

Por María Moreno

Decir que lo más audaz, lo más significativo del legado de Néstor Kirchner, no es tangible, ni puede reducirse a las palabras codificadas en la redacción de una ley, ni a la estructura edilicia de una obra pública, es convertirlo en lo que extrañamos con nostalgia política en estos días: la dimensión simbólica. Por ejemplo cuando mandó a descolgar los retratos de los generales Jorge Rafael Videla y Reynaldo Bignone de los salones del Colegio Militar mientras realizaba, en el mismo acto, una degradación: *bajar los cuadros, imaginariamente hacerles bajar las cabezas a sus modelos*, era un *ademán político*, como diría David Viñas, que dejaba fuera de la ciudad, imágenes y nombres de facto.

El 24 de marzo de 2004, con intención fundante y regeneradora, Kirchner abrió los portones de la ESMA y recuperó los predios y el edificio del excampo de concentración, anunciando en su lugar la próxima fundación de un Museo de la Memoria. Sus palabras precisas fueron: “Como presidente de Argentina, vengo a pedir perdón en nombre del Estado Nacional por la vergüenza de haber callado durante 20 años de democracia tantas atrocidades”. O sea “rompo el silencio sobre un pasado que no debe repetirse”. El pasado no es para Kirchner lo lejano ni un depósito de los legados, sino lo innominado que debe salir del silencio para hacer justicia. Los derechos humanos no sólo involucran a aquellos que los violan y a sus víctimas sino a la sociedad toda. Aquel 24 de marzo, hombres y mujeres que habían yacido acostados y con una paradójica capucha de verdugos en la cabeza, sometidos a la degradación física y la tortura, ahora recorrían de pie con los ojos bien abiertos, los lugares del suplicio, acompañados por un presidente que se proponía juzgar a los responsables del Estado terrorista.

Entonces había cosas que parecían y debían quedar fijadas para siempre en la memoria colectiva: 30.000 no requiere una comprobación fáctica, ni es una exagera-



I DyN

ción porque su cuenta pertenece a un ilegalidad incalculable. No hay dos demonios, porque las acciones del terrorismo de Estado son incomparables. Sin embargo una derecha literal vuelve a instalarlos. La Argentina no se maneja con símbolos sino con señales, horca, guillotina, paquetes envueltos en bolsas de basura, que simulan cadáveres, cada uno con su nombre, expropia géneros como la performance que siempre ha pertenecido a la izquierda cultural o palabras señuelo como “libertad”.

La literalidad insultante se esmeró recientemente a través un cartel amarillo en el Parque de la Memoria, donde se leía “Parque de la Memoria, nuevo espacio gastronómico con vista al río”, grosería tanática que invita a co-

mer (consumir) disfrutando del paisaje: el río donde arrojaban los cadáveres de los secuestrados. Días después en La Nación+, Laura Di Marco y Viviana Canosa interpretaban una foto de Florencia Kirchner en apretada síntesis y diagnóstico *psi*, “anorexia galopante”, “falta de nutrición, falta de madre”, según balbuceó Di Marco, autorizándose en un episodio de la serie de Netflix, *Borgen*, que ella entendió exactamente al revés (no es la apología de la libertad de prensa sino el repudio a la prensa amarilla). Pronto se dejaron oír protestas de corporaciones médicas y de salud mental, repudios de todas partes, incluso de Baby Etchecopar, quien nunca se ha privado, de insultar a Cristina abiertamente.

Cabe recordar cómo el doctor Nelson Castro, autorizado en un polvoriento diploma de médico, diagnosticaba a una Cristina vista por televisión con un supuestamente probado *Síndrome de Hubris* (guglear). Estas interpretaciones, amén de inescrupulo-

sas, no son casuales: diagnosticar desde la psicología silvestre, intenta desplazar la política a la patología. Basta recordar a una fundante psicología argentina, cuyos cráneos ocupaban los altos cargos en la Nación, moldeándola en la biblioteca positivista y de la que fueron víctimas los primeros insubordinados sociales, como anarquistas y socialistas que iban a parar, según primarias especulaciones, a la cárcel o al manicomio. En esa tradición se llamó “locas” a las madres de Plaza de Mayo. Dado que Florencia Kirchner no se dedica a la política, se trató de un tiro por elevación a su madre, y esta vez el tiro salió por la culata, enojó a propios y ajenos. A menos que sigan los parámetros de los *gentleman* del ochenta, que en sus novelas

agitaban el fantasma de la mujer lectora como peligrosa, y Florencia lo es (lectora).

Néstor Kirchner no dejaba de exigir memoria, verdad y justicia, para los militantes de los años setenta, una “generación diezmada” con los que compartía ideales de compromiso con la patria, independencia nacional y justicia social. Contra una derecha que se expresa a través de una prensa ignorante siquiera del arte de la injuria, pero violenta en sus performance y capaz de planear un magnicidio, no basta el repudio, sería preciso no ceder a sus imputaciones y empezar a conversar entre compañeros. Pilar Calveiro en su libro *Política y/o violencia, una aproximación a la guerrilla de los años setenta* proponía: “Hay que escracharnos, políticamente hablando, no como un ‘castigo’ sino como una forma de ser veraces para, de verdad, pasar a otra cosa... En ese sentido escrachar es exhibir-se en términos de práctica política anterior, de la que hay que dar cuenta para que la presente adquiera nuevos sentidos.”

Nos sigue convocando



Carolina Camps

Por Teresa Parodi

Desde el minuto cero de su mandato, Néstor Kirchner cambió la historia de la política argentina para siempre. Sus primeras palabras como presidente, sus primeras decisiones de gobierno, dieron clara cuenta del proyecto de país que venía a proponernos. Del sueño de una patria justa, soberana, igualitaria, inclusiva y latinoamericana que nos pidió que acompañáramos.

Nunca olvidaré la emoción con la que muchas y muchos, con años de militancia y no pocas desilusiones, recibimos aquel mensaje del compañero electo presidente con un porcentaje tan bajo de votos, pero al mismo tiempo con un asombroso optimismo y una amorosa manera de poner en marcha sus propias convicciones.

Su apasionada oratoria, su corazón en las manos, su increíble modo de acercarse al pueblo y sentirse

parte de él marcaron el regreso a la política de miles y la aproximación espontánea a la militancia de las juventudes que por ese entonces parecían indiferentes al compromiso ciudadano de ser arte y parte de los destinos del país en el que vivían.

Con muy claras decisiones desde el poder ejecutivo supo cómo devolvernos la dignidad. Supo cómo devolvernos el futuro. Supo cómo no dejar a nadie afuera de su proyecto de nación.

Su muerte tan temprana nos dejó doliendo el corazón.

Su capacidad para llevar adelante la gesta que nos propuso nos sigue convocando, porque Néstor demostró largamente que un país mejor era posible. El y su compañera de vida e ideales, Cristina Fernández, son la fuerza indestructible de una lucha a la que no se renuncia: la esperanza de esa patria justa, libre y soberana en la que merecemos vivir.

El desafío de gobernar

Por Adolfo Pérez Esquivel *

Se cumplen veinte años desde que Néstor Kirchner asumió la presidencia de la Nación Argentina, un desafío de varios frentes en un país sin rumbo, después de De la Rúa y la sucesión de presidentes volátiles en la brevedad del tiempo y de Eduardo Duhalde, quien trató de recomponer la vida institucional del país y llamar a elecciones.

Néstor Kirchner gobernador de Santa Cruz surge como candidato a la presidencia de la Nación y con apenas el 21 por ciento de los votos asume la presidencia para enfrentarse a un precipicio de problemas, como la deuda externa, el desempleo, las asignaturas pendientes sobre los derechos humanos, la debacle económica del corralito, que el pueblo enfrenta con creatividad como las asambleas barriales, los trueques, las fábricas recuperadas y la cultura callejera.

Muchos pensaron que sería un gobierno de transición, hasta calmar las tensiones políticas y económicas provocadas por el corralito y la situación social.

Néstor no buscó paliar los problemas, los enfrentó y buscó impulsar políticas sociales, combatir el desempleo, generar confianza en el pueblo y trabajo en la unidad con países latinoamericanos como la Unasur, siendo su primer presidente y buscando la unidad y defensa de la democracia. Asumió como política de Estado la defensa de los derechos humanos, derogando el indulto y abriendo juicios a los militares responsables de crímenes de lesa humanidad.

Se producen momentos de fuerte tensión con la cúpula de las Fuerzas Armadas: cuando ordena bajar los cuadros de los dictadores en los espacios públicos y transforma la ESMA, centro de detención donde se torturaba y mataba a prisioneros y prisioneras y se entrega-

ban bebés nacidos en cautiverio a familias de militares.

A ese centro del terror y muerte, Néstor lo transformó en centro para la vida y memoria del pueblo, para hacer realidad el NUNCA MÁS.

Hoy muchos edificios de la ex ESMA están destinados a la Memoria, Verdad y Justicia, allí trabajan organismos de derechos humanos y la Secretaría Nacional de Derechos Humanos.

Kirchner enfrentó la política de los Estados Unidos para América latina, que quería imponer el ALCA, apoyado en la rebelión de pueblos y gobiernos se opuso y junto con el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, en el encuentro de Jefes de Estado convocaron a manifestaciones multitudinarias en el Estadio del Mundialista de Mar del Plata, para mandar el ALCA ¡¡jal carajo!!

Tuvo la voluntad y decisión de terminar las relaciones con el FMI y su política de intervencionismo en el país, terminando con una deuda externa in-

moral e injusta, que el gobierno de Mauricio Macri incrementó para favorecer el capital financiero y salvar bancos, no al pueblo.

Entre muchos otros avances y políticas sociales del gobierno de Néstor Kirchner, está también el haber puesto en primer plano el reclamo de la soberanía de las Islas Malvinas, ese enclave colonial británico en pleno siglo 21.

O su preocupación por regularizar la situación de las trabajadoras domésticas, entre otros sectores sociales que reclamaban sus derechos laborales.

Néstor Kirchner sembró tierra fértil con la doctrina peronista y sus aportes en la construcción de nuevos horizontes.

Dejó bases que Cristina viene profundizando en bien de nuestro pueblo. Néstor partió pero permanece en la memoria y el compromiso por un país de iguales en dignidad y derechos.

* Premio Nobel de la Paz.



Gracias Néstor, fuerza Cristina

Por Sandra Russo

Es totalmente cierto que Néstor no se fue. Vive en gran parte del pueblo peronista, ese pueblo que hoy está aturrido, fragmentado, triste, porque ya ha perdido la amalgama que en su momento fueron Néstor y Cristina. Cómo seguir, cómo retomar el deseo de transformar la realidad a favor de los últimos.

El paso primero de Néstor y luego el de su compañera por la historia de este siglo ya significan, más allá de lo que pase de ahora en adelante, la primera y única vez que el peronismo emergió con su fuerza transformadora desde Perón.

Ninguno de los dos abandonó nunca el PJ, porque a pesar de las décadas de aislamiento y soledad, incluso gobernando Santa Cruz, la militancia de los dos fue siempre ardorosamente peronista. El kirchnerismo no es otra cosa que el peronismo que por primera vez desde la recuperación de la democracia devolvió al mundo del trabajo el 51% de la torta. Lo demás es interpretación.

“Sean transgresores”, decía él, con el lenguaje de su época, todavía no deformado por el terrorismo verbal que hoy hace parecer transgresor a un apéndice despeinado del poder real, que pone sus productos en la góndola electoral.

En cada uno de nuestros países ese poder constante, en continuado, siem-

pre alerta y siempre feroz para sacarse de encima los obstáculos, contadísimas veces fue interrumpido por procesos populares que, más allá de su respectiva lógica política, tocaron la estructura. Y cada uno de ellos tuvo su feroz castigo.

En ese sentido, una curiosidad del caso de Néstor es que se fue de la presidencia, pudiendo ser reelecto, para cederle el lugar a Cristina. Magnetto lo había visitado en Olivos para decirle que él rechazaba esa candidatura. Todavía tenía pretensiones de pactar con él como lo había hecho con Menem y Duhalde. La historia nos cuenta que Néstor hizo lo que él pensaba que era lo mejor, y lo fue.

Pero Néstor no sufrió persecución. Se retiró del gobierno con una imagen positiva muy alta. Le tocó el tiempo de atar los cabos más gruesos de un país inviable, y lo logró con creces. Hizo mucho más que atar los cabos: su gobierno fue la prueba más electrificante de que una crisis es una oportunidad. Y atando cabos echó el FMI de la Argentina, cambió a la Corte Suprema, derogó las leyes del perdón e impulsó el período en el que la Argentina realmente fue la vanguardia en derechos humanos, con los procesos por delitos de lesa humanidad.

Néstor no sufrió persecución en vida, pero fue vandalizado después de muerto. Literal y simbólicamente. No hace

falta más que haberlo visto y haberlo escuchado cada vez que habló sobre Cristina, para darse cuenta de que todos aquellos que lo reivindicaban a él pero la niegan a ella son cínicos que personalizan lo que en realidad nunca fueron otra cosa que políticas.

Cada uno de los atropellos contra ella lo fueron también contra él. Nunca fue una cuestión de estilos ni de intensidades, sino de políticas y de idiosincrasias: a Néstor jamás se hubiesen atrevido a negarlo y a humillarlo como lo hicieron y hacen con ella. Porque era varón, porque era bravo y porque era pragmático pero siempre que el pragmatismo estuviera a favor de la acumulación de fuerza para el proyecto popular.

Desde el eje del mal, quienes en estos días y ya antes en estos años se han metido con los hijos de Néstor y Cristina han seguido la lógica mafiosa que les paga. En el colmo de la crueldad, en el extremo profundo de la baja estofa, apuestan a dañar a Florencia para dañar a Cristina. En sus falacias extravagantes y perversas estos terroristas mediáticos también atentan contra Néstor.

Y a los de este lado, a los que se dicen nectoristas pero la humillan y la subestiman a Cristina... cómo me gustaría que Néstor resucitara un día o que se les presentara en sueños para decirles todo lo que solamente él podría decirles.

Por Víctor Santa María *

El 25 de mayo de 2003 comenzaba en el país una nueva etapa para todas las argentinas y argentinos. Néstor Kirchner, el presidente menos pensado, era para una sociedad crispada y expectante una esperanza y una incógnita. Había asumido la conducción de un país quebrado en todos los sentidos, avalado apenas con el 22 por ciento de los votos. La crisis de 2001 nos había conducido a un callejón sin salida, a un verdadero abismo. Las actitudes iniciales de aquel hombre llegado a la Rosada desde el lejano sur patagónico, parecían hablarnos de un horizonte diferente. Esa sensación cobró volumen a medida que se fueron conociendo sus primeras definiciones. Los años de experiencias neoliberales habían dejado una profunda huella. Para reparar el daño realizado Néstor Kirchner fue abordando el enorme listado de demandas pendientes, recuperando la esencia transformadora del peronismo. En lo institucional, comenzaron a soplar nuevos vientos en el Poder Judicial. Se terminaba el tiempo de la mayoría automática y se iniciaba un nuevo mecanismo para elegir a los miembros de la Corte Suprema, más transparente y participativo. Fue uno de los grandes legados de su gestión, que en los últimos años ha sido pisoteado por la venalidad, la inacción y la complicidad de una dirigencia política, judicial, económica y mediática amparada en una impunidad incalificable.

Con Néstor Kirchner se abrió un nuevo y decisivo capítulo en las luchas por los derechos humanos. Desde 2003, esa asignatura pendiente de una acobardada democracia a la que le faltaba el coraje para ir verdaderamente a fondo, pasó a convertirse en política de Estado. Se derogaron las leyes de la impunidad ingresando a una etapa largamente reclama-



Hace 20 años, Néstor



da por las ineludibles Madres y Abuelas de Plaza de Mayo y de los organismos que las acompañaban en sus luchas y reclamos. Se abrieron los juicios a los responsables de crímenes de lesa humanidad basados en tres principios innegociables: Memoria, Verdad y Justicia.

En lo económico, los cambios operados sorprendieron a propios y extraños. Néstor Kirchner afirmó que no estaba dispuesto a pagar la deuda externa con el hambre del pueblo, y comenzó una durísima negociación con los acreedores, logrando una quita inédita del 70 por ciento. Habiendo sacado al país del default, decidió cancelar la deuda con el FMI, y dejar de ser sometido al monitoreo humillante de un organismo financiero que buscaba mantener en pie las políticas neoliberales que habían hundido en el infierno de la pobreza y la indignancia a millones de compatriotas.

Las nuevas condiciones generadas, permitieron ir revertiendo la situación económica. El Estado comenzó a tener una creciente gravitación. La obra pública se convirtió en una poderosa palanca de reactivación. El aparato productivo comenzó con una progresiva pero constante tendencia al crecimiento. La industria, devastada en los 90, volvía a respirar. Su recuperación permitió ir dejando atrás ser solo un país agroexportador. Los índices de pobreza y exclusión comenzaron a bajar. La ayuda social se fue focalizando en los sectores más postergados, apuntando a su reinserción en el mundo laboral.

El llamado "No al ALCA" sig-

nificó un hito en la historia de América latina, la resistencia a los intereses de las superpotencias y el Fondo Monetario Internacional, y así entonces comenzó a transitar un camino distinto priorizando a la región, en un proceso de integración que el 4 de noviembre de 2005, en la IV Cumbre de las Américas de Mar del Plata, se puso en marcha y marcaría los años por venir. Fue el tiempo de Lula, en Brasil; Hugo Chávez en Venezuela; Rafael Correa en Ecuador; Tabaré Vázquez en Uruguay; Evo Morales en Bolivia y, por supuesto, Néstor Kirchner en Argentina. Ellos perfilaron una América del Sur unida en sus grandes objetivos para defender los derechos de los pueblos.

Con Néstor Kirchner se reinstalaron en el país las negociaciones paritarias entre los gremios y las empresas. Este mecanismo de negociación, enterrado por años,

fue el que permitió a la clase trabajadora mejorar sus condiciones salariales y laborales.

Hasta 2003 Argentina destinaba el 5 por ciento de su PBI al pago de la deuda externa y el 2 por ciento a la educación. Desde entonces se revirtió ese porcentaje y se destinó más del 6 por ciento del PBI a la educación y el desarrollo cultural. Argentina estaba dando un gigantesco paso hacia un futuro de grandeza y felicidad. Avizorar este nuevo horizonte fue posible porque la entrega de Néstor Kirchner no supo de límites. Por eso, haber vuelto a quedar encadenados y a sufrir el sometimiento que nos imponen los actuales burócratas del Fondo Monetario Internacional repugna

tanto como recordar la cínica cara de Macri cuando nos condenó al suplicio de cargar otra vez la cruz de una deuda impagable.

Néstor Kirchner declinó la posibilidad de buscar su reelección en 2007, dejando abierto así el camino para que Cristina Fernández de Kirchner llegara a la presidencia. Durante sus dos mandatos Cristina continuó la senda abierta por Néstor y profundizó en hechos y realizaciones el proyecto de país que imaginaron juntos.

En su mensaje de asunción, Néstor Kirchner hizo explícito su compromiso de no dejar las convenciones en la puerta de la casa de gobierno y cumplió. Por eso, fue capaz de afrontar el desafío de reconstruir la Argentina devastada por la crisis de 2001. Su repentina muerte paralizó al país, pero hizo palpitar el corazón de miles de jóvenes que se lanzaron a militar por el proyecto de nación en marcha.

Este ejercicio de memoria, sobre la vida pública de un grande, nos interpela y confronta necesariamente con una realidad que parece salida de un túnel del tiempo que nos ha transportado a un pasado todavía más lejano que los 20 años que nos separan de la gesta iniciada aquel 25 de mayo de 2003. No es hora de lamentaciones tardías ni de buscar en la autoflagelación una especie de expiación de pecados. Se trata, como dice Cristina, de volver a enamorar al pueblo y recrear su esperanza. A lo largo de nuestra historia hemos atravesado muchísimas encrucijadas tan duras y complejas como esta, y logramos superarlas. "Cuando un peronista comienza a sentirse más de lo que es, empieza a convertirse en oligarca. En la acción política, la escala de valores de todo peronista es la siguiente: primero la patria, después el Movimiento y luego los hombres", dice Perón en una de las 20 Verdades Justicialistas. Es hora de que los dirigentes tengan responsabilidad y, fundamentalmente, grandeza. Esa será la mejor manera de homenajear a Néstor Kirchner.

* Coordinador del Grupo Octubre y secretario general de Suterh.

El azar y la necesidad

Por María Seoane

La llegada al gobierno de Néstor Carlos Kirchner el 25 de mayo de 2003 pareció unir –como el continuo de un río subterráneo– las puntas del hilo del desarrollo económico, social y político de la Argentina, cortado por el estado terrorista. Porque juró no dejar sus convicciones en la puerta de la Casa Rosada y reflató las tareas inconclusas de la generación del setenta, a la que pertenecía por edad, pasión y razón política. Y si bien Kirchner llegó al gobierno por azar, con apenas el 22 por ciento de los votos –fue el elegido por deserción del menemismo– también llegó por necesidad, para que se cumpliera el imperativo de rescatar a la Argentina del abismo abierto en 2001. Nadie lo sabía todavía; quizá Kirchner tampoco, pero comenzaba a cumplir su destino de conmovir el horizonte previsible del poder conservador. Para que por primera vez luego de la muerte de Juan Perón en 1974, luego de casi treinta años de búsquedas y desierto político, el peronismo de su fundador volviera remozado al gobierno. Aquel 25 de mayo de 2003 ya despuntaba la impronta que tendría su gestión. No sólo desestimó las presiones del establishment que le exigía no anular las leyes de impunidad y estrechar vínculos con los Estados Unidos, porque en caso contrario su gobierno “duraría apenas un año”, sino que pasó inmediatamente a retiro a la mayoría de las cúpulas militares y corrió a resolver una crisis educativa en Entre Ríos apenas tres días después de asumir.

El 4 de junio de 2003, Kirchner habló por primera vez por cadena nacional para encarar uno de los más grandes dramas nacionales: la corrupción del poder judicial. Le pidió al Congreso Nacional que pusiera en marcha el mecanismo del juicio político contra algunos miembros

de la Corte Suprema, integrantes de la “triste y célebre mayoría automática” del menemismo responsables de haber avalado el indulto a los criminales del terrorismo de estado y el desguace y remate de las empresas del Estado o saqueo al patrimonio social de los argentinos. En pocos días, los principales cortesanos implicados renunciaron y fueron reemplazados, con el apoyo mayoritario de la sociedad, por jueces probos y sin vinculación previa con el kirchnerismo.

El 9 de julio, Kirchner se reunió con el director del FMI, Horst Köhler. Y fue contundente: “No voy a firmar nada que no pueda cumplir porque el FMI es uno de los grandes responsables de lo que pasó en la Argentina”. Con su carpeta roja siempre a mano, Kirchner estaba al tanto de los principales números de la economía. Había pensado en un modelo centrado en la generación de empleo y la redistribución del ingreso, que alentaba la reindustrialización. Una de esas medidas fue el paulatino final de las AFJP para mejorar la vida de los jubilados y evitar el saqueo de la seguridad social. El sistema de capitalización individual funcionaba en paralelo al sistema estatal de reparto. Las AFJP percibían una onerosa comisión, deducida del aporte previsional obligatorio de los afiliados, y administraban la inversión del capital acumulado con fines corporativos. En 2007, Kirchner impulsó las reformas tendientes a reducir los afiliados en el sistema de AFJP. El 17,79 por ciento de los afiliados al sistema de capitalización decidió pasarse al de reparto. También encaró la recuperación del Estado: la estatización de algunas empresas privatizadas en los 90. La primera fue el Correo Argentino, de la

familia Macri, que eludía el pago del canon correspondiente al Estado. Sin embargo, se llamó a una nueva licitación: la batalla con los Macri llevaría casi 20 años, cuando ya Kirchner y Franco no estuvieran, pero sí su heredero Mauricio. Lo cierto es que la primera estatización directa fue la del espacio radioeléctrico de la firma francesa Thales. En esa línea, se creó la empresa nacional de energía, Enarsa, en octubre de 2004 y la de agua y cloacas, AYSA, el 22 de marzo de 2006, en reemplazo del grupo francés Suez.

Kirchner sabía que el hueso más duro de roer era salir del default sin que eso implicara doblarle el brazo para repetir recetas que castigarían al pueblo. El 10 de septiembre de 2003, con el país declarado técnicamente en cesación de pagos, el FMI aceptó abrir una negociación. El acuerdo, alcanzado ese día y adoptado formalmente el 20 de setiembre, concedía a Argentina condiciones más flexibles para pagar sus deudas con el FMI, y también con otros organismos internacionales, que llegaba a 21.610 millones de dólares. Sin embargo, se repetía el monitoreo y el condicionamiento: el gobierno de Kirchner se comprometía a lograr un superávit primario del 3% y del 5,5 % de crecimiento en 2004 y a una inflación no mayor de un dígito en todo el período. Semejante acuerdo implicaba aceptar asimismo reformas estructurales en los sistemas tributario y bancario. El Gobierno, además, se comprometía a pagar de inmediato una deuda vencida de 2.980 millones de dólares. El 3 de marzo de 2005 se anunció el canje de deuda con los bonistas privados con un 76,06 por ciento de aceptación. La quita de deuda llegaba a los 67 mil millones de dólares y la relación de la deuda con el PBI pasó del 113 % al 72 %. Unos meses después, en una jugada coordinada con el gobierno de Brasil, se resolvió el

pago total de la deuda con el FMI. El 15 de noviembre de 2005, Kirchner anunció que la Argentina pagaría los 9810 millones de dólares con reservas líquidas del Banco Central. E inmediatamente exigió el retiro de la delegación del organismo que tenía una oficina estable en el ministerio de Economía.

A partir de ese momento, los indicadores socioeconómicos de su gobierno fueron formidables: el nivel de desocupación descendió del 17,8 al 8 por ciento; el salario real aumentó un 34 por ciento; la cobertura previsional se amplió más del 15 por ciento; los convenios colectivos pasaron de 380 anuales a 1027. Desde 2003 a 2007 las reservas internacionales pasaron de U\$S 14.000 millones a más de U\$S 47.000 millones. En este período, la industria argentina creció a un promedio anual del 10,3 %. Ob Los bancos ganaron depósitos por más del 48 %.

Después de años de vigencia de las leyes de impunidad –Punto Final, Obediencia Debida e Indulto–, el 25 de julio de 2003 se abrió el camino para la extradición de los cuarenta y seis antiguos altos oficiales y represores argentinos reclamados por el juez Baltasar Garzón para ser juzgados en España. La nulidad de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, votada por el Congreso y promulgada el 21 de agosto de 2003, fue el paso decisivo. Y el punto de partida para que se reabrieran las investigaciones por delitos de lesa humanidad en la ex ESMA y el Primer Cuerpo de Ejército, y que algunos jueces declararan inconstitucionales los indultos dictados durante los años noventa. Esto permitió que avanzaran también los juicios contra represores y apropiadores de ni-

ños en los diferentes juzgados del país, donde el Estado fue querellante en muchos casos.

Como si fuera un pacto de honor con la Historia, su historia, Kirchner impulsó la creación de Espacios de la Memoria en los ex campos clandestinos de detención de la dictadura. El 24 de marzo de 2004, anunció la creación del Espacio de Memoria y Derechos Humanos en la ex ESMA. Ese día le ordenó al jefe del Ejército, general Roberto Bendiñi, que bajara los cuadros con la imagen de los dictadores Jorge Videla y Reynaldo Bignone del Colegio Militar. “Vengo a pedir perdón en nombre del Estado”, dijo Kirchner en aquel acto. Esta política de Estado la acompañó con recursos e información con el fin de intensificar la incansable búsqueda de las Abuelas de Plaza de Mayo para reestablecer la identidad de los bebés apropiados. Pero los juicios contra los represores no estuvieron exentos de presiones por parte de “la mano de obra desocupada” de la última dictadura. Después de declarar como víctima y testigo en el juicio contra el ex comisario Miguel Etchecolatz, Jorge Julio López desapareció el 18 de setiembre de 2006.

Pero para poder avanzar, en especial con centro en la provincia de Buenos Aires, Kirchner sabía que tenía que tomar una decisión postergada: abandonar el padrino de Eduardo Duhalde para convertirse en el líder del justicialismo. El 13 de junio de 2004 anunció la postulación de Cristina Fernández como senadora por esa provincia, ya fuera por el PJ o con la creación de una fuerza propia. Cuando la separación fue un hecho y CFK venció ampliamente a Hilda “Chiche” Duhalde, el kirchnerismo tuvo, para siempre, identidad propia.

Mientras consolidaba su influencia como líder político, Kirchner se sumó activamente a la ola de ascenso de los gobiernos populares en Latinoamérica.



I AFP

Apenas asumió, recibió el apoyo de Lula. Esta alianza regional, entre otras medidas, se vio reflejada en el ingreso de Venezuela al Mercosur al año siguiente. Pero sin dudas, el momento más importante y desafiante de esa alianza geopolítica ocurrió durante la IV Cumbre de las Amé-

ricas, realizada en Mar del Plata en noviembre de 2005, donde Kirchner, junto con Hugo Chávez y Evo Morales, ratificó al presidente norteamericano George Bush que los proyectos económicos hegemónicos de los Estados Unidos serían resistidos. "No al ALCA", fue la consigna que movilizó a miles de argentinos en lo que se conoció como la "contracumbre". También en aquel 2005 se lanzó el programa Patria Grande, cuyo objetivo fue sacar de la marginalidad legal a

cientos de miles emigrados. Entre 2004 y 2014, 2.997.836 radicaciones fueron resueltas. El fortalecimiento del Mercosur (en la cumbre realizada en Córdoba en julio de 2006) y la creación de la Unasur y la Celac permitieron resguardar a los gobiernos democráticos ante intentos de

desestabilización política promovidas por la derecha continental.

Lo cierto es que las políticas de inclusión, de defensa de los derechos humanos y de los valores tercermundistas históricos del peronismo retomados por Kirchner para el desarrollo de la Argentina fueron decisivas hacia 2007, cuando comenzaba la batalla por una nueva elección presidencial. Cristina Fernández de Kirchner fue la candidata y arrasó en las urnas con más del

47% de los votos. Kirchner terminó su mandato con más del 70 por ciento de imagen positiva: la más alta en la historia del siglo XX. El dolor popular por su muerte el 27 de octubre de 2010 definió su lugar en el panteón de los presidentes más queridos de la historia nacional.

Néstor y uno

Por Hugo Soriani *

Al principio fue difícil. Cuando él hablaba uno no sabía dónde mirarlo. Un ojo enfocaba a un lado y otro, al opuesto. Era imposible mirarlo de frente. O se lo miraba a uno o se lo miraba a otro, ambos separados por esa narizota que complicaba aún más el enfoque correcto.

Fueron varios los almuerzos compartidos, cuando él soñaba con la posibilidad de ser candidato en 2007 o recién en 2011. A una de esas reuniones llegó luego de un acto en el conurbano, y aún aturdido por el fervor que encontraba a su paso, sacó de sus bolsillos los papelitos que le habían dado mientras caminaba fundido con la gente. Los volcó sobre la mesa, eran muchísimos, y eligió uno para ponerlo como ejemplo. El papelito decía: “Néstor, no te mueras nunca”. A ese le fallaste; tal vez no.

Explicaba apasionadamente cómo iba a hacer para renegociar la deuda, para sumar a los movimientos sociales, para estatizar algunas empresas, para aumentar las jubilaciones, para reiniciar los juicios a los genocidas. Y uno pensaba cuántos candidatos ya habían dicho lo mismo para hacer exactamente lo contrario. Pero uno le creía. Un poco nomás, pero le creía.

El tipo se las arreglaba para que uno le arrimara alguna ficha. Quizás por esa forma atrevida con la que hacía sus planteos, quizás porque su estatura obligaba a tener que mirar para arriba hasta encontrarlo, quizás porque uno intuía una audacia superior a la de otros políticos. Este era distinto: más zarpado, más atrevido en los planteos. Desordenado pero coherente, feo pero entrador, irrespetuoso pero simpático.

Cuando se iba, te dejaba discutiendo. “Está medio pirado, pero hacen falta locos así”, rumiaba uno, mientras pensaba la paradoja de creer en la política, y al mismo tiempo desconfiar siempre de todos los políticos.

Es que uno viene de otro palo: de la militancia en organizaciones, no en partidos. De caminar los barrios, las villas, las fábricas, las universidades. Uno viene de la más pura izquierda setentista, y para esa izquierda el peronismo fue la maldición burguesa que impedía la llegada del paraíso socialista. Minga de proyecto nacional, “revolución socialista o caricatura de revolución”, como decía Guevara.

Luego vino la dictadura y barrió con todo y con todos: con el proyecto nacional, con los clásicos vietnamitas, con las canciones de protesta, con los libros de tapas duras y los de tapas blandas, con los compañeros y las compañeras, y con los hijos de tantos que aún buscan las Abuelas. Vino la dictadura y se acabó la vida. Nos mataron, nos secuestraron, nos torturaron, nos arrojaron de aviones, nos metieron en campos de concentración o en cárceles de las que nos sacaban para fusilarnos.

De ahí venimos.

Festejamos la llegada de Alfonsín, fuimos a la Plaza en Semana Santa, nos comimos las “Felices Pascuas”, la Obediencia Debida, el Punto Final. Hasta hubo algunos que creyeron que Menem traería soluciones. Bastaron meses para darse cuenta del desastre que duró diez años. En medio, el Indulto y los pocos asesinos que quedaban presos, a casa. A las pantuflas, el diario y el mate mañanero.

Pero como todo tiene un final, terminó y festejamos. Tibiamente, es cierto, porque De la Rúa no entusiasmaba a nadie. Pero se había ido el “Turco” y además estaba “Chacho”. Lo que vino fue peor. Cavallo, López Murphy, corralito, ajuste y la frutilla: represión y muerte antes del helicóptero que lo salvo a él y a todos nosotros de él. Antes de Duhalde, algunos otros. Luego Duhalde, hasta Kosteki y Santillán.

Y de pronto aparecía este flaco con pinta de loser, un pingüino desconocido que solamente ganaba elecciones en Santa Cruz. Aparecía y prometía por izquierda. Y uno un poco le creía. Y lo votó en esas elecciones que perdió pero ganó contra Menem. Sí, lo votó y creía decepcionarse de nuevo en cuanto asumiera.

Pero empezó bien: mandó al carajo al diario *La Nación* y al pliego de condiciones que le quiso imponer Claudio Escribano. No haré el recuento de sus logros, porque muchos lo han hecho en los últimos días. Pero sí de algunos muy especiales para los nacidos en el 53, años más, años menos.

Lo vuelvo a ver descolgando los cuadros de los genocidas en pleno Colegio Militar de la Nación. Declarándose hijo de las Madres de Plaza de Mayo. Abriendo la ESMA para que los sobrevivientes y los organismos de derechos humanos recuperen para la vida un espacio sembrado de muerte. Anulando las leyes del perdón para que los genocidas vuelvan a la cárcel, de donde nunca deberían haber salido.

Y, sobre todo, lo vuelvo a ver en un recuerdo muy íntimo, aquel miércoles 15 de noviembre de 2007, apretando el botón que terminó de destruir la terrible cárcel de Caseros. Aquella mañana Néstor Kirchner accionó el detonador y, luego de que el muro gigante se viniera abajo, nos saludó a uno por uno. Mientras me abrazaba muy fuerte y yo buscaba su mirada sin poder encontrarla, me dijo despacito al oído: “Viste, flaco, vos no me creías, pero voy cumpliendo. Se cayó el muro, tengo muy buena puntería”.



* De su libro *Los días eran así*, publicado por Editorial Octubre.

Darle sentido a la democracia

Por Washington Uranga

En abril de 2003 la pregunta que formulaban quienes observaban el escenario político era cómo podría gobernar Néstor Kirchner con un caudal electoral que apenas llegaba al 23,25% de los votos obtenidos en las elecciones del 27 de abril. Y el interrogante se prolongó aún tras el retiro de Carlos Menem antes de la segunda vuelta. Sobre todo porque la Argentina venía de un tiempo en el que, lejos de alcanzar la promesa de Raúl Alfonsín (“con la democracia se come, se cura, se educa”), había sufrido en 2001 un profundo golpe de significado: ¿para qué sirve la democracia? Los estallidos populares del 19 y 20 de diciembre de 2001 habían reinstalado el debate en torno al valor de la democracia como tal y abierto nuevas discusiones acerca del sentido de la política. En ese contexto quedaron en evidencia las debilidades de los partidos políticos tradicionales pero surgieron otros actores de la política y también otras identidades (los movimientos sociales, entre ellos), otras redes de solidaridad, de contención y de organización social en torno a lo comunitario. Otras subjetividades emergieron.

El desafío de Kirchner y de su gobierno no era entonces tan solo sacar al país de una crisis socio económica profunda sino reconstruir el sentido político capaz de aglutinar la sociedad detrás de la propuesta y entusiasmar a buena parte de la ciudadanía en ese proyecto. Difícil es —a la distancia— saber si esa fue la visión que Néstor Kirchner tuvo en ese momento. Pero pueden marcarse algunas acciones que ordenaron el primer gobierno kirchnerista y que apuntalaron ese propósito.

Néstor Kirchner se propuso recuperar la figura presidencial en lo político y en la gestión. Asumió el liderazgo (“Vengo a proponerles un sueño: reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación”), cargando de sentido esa misión (“Quiero una Argentina unida. Quiero un país más justo”) recogiendo las banderas tradicionales del peronismo pero también advirtiendo desde entonces nuevos aires políticos que comenzaban a asomar en el continente latinoamericano. E hizo público con qué convencimiento se empeñaba en ese propósito aún más allá de adversidades: “No vine a dejar mis convicciones en la puerta de la Casa Rosada”.

A la firmeza de decisiones unida a la persistencia del trabajo sumó capacidad de gestión que también se fue perfeccionando con el andar. Kirchner tuvo inteligencia para visualizar rápidamente posibles aliados en su caminar: los organismos de derechos humanos y los movimientos sociales. Se abrió a la escucha de esos interlocutores pero también de otros con

miradas plurales (la “transversalidad”) y con todos se propuso “reconciliar a la política, a las instituciones y al gobierno con la sociedad”.

Y acompañó esas alianzas con gestos y con iniciativas de gestión. El 24 de marzo de 2004 en el Colegio Militar le ordenó al entonces jefe del Ejército, teniente general Roberto Bendini, bajar los cuadros de los dictadores Jorge Videla y Reynaldo Bignone. Al mismo tiempo el pañuelo de las Madres fue bandera identitaria de una política de Estado. Hechos enormemente significativos. Mientras tanto impulsaba con todos los medios a su alcance la continuidad de los juicios de lesa humanidad. En lo económico, mientras pregonaaba “una Argentina con progreso social”, se empeñó en reducir el endeudamiento y evi-

tar el ajuste, hasta llegar a pagar la deuda con el FMI.

Esos fueron algunos de los ejes que pusieron a funcionar el proyecto de Kirchner: recuperar el liderazgo desde la figura presidencial en base a un Poder Ejecutivo fuerte, rehacer el sentido de lo público y reconstruir el tejido social desde nuevas alianzas, con otros actores y permitiendo la visibilidad de otras subjetividades, aprovechar las diversidades y trabajar en la recuperación económica con el objetivo puesto en la redistribución del ingreso con los pobres en el centro.

Néstor Kirchner no se propuso dar vida al kirchnerismo. Quiso darle a la democracia un nuevo sentido en base a otras categorías, con el protagonismo de otros actores y con otro horizonte.



Poner el cuerpo

Por Nora Veiras

“El 26 de mayo a la noche lo fui a ver a Néstor. Lo había conocido el viernes anterior, el domingo asumí y el lunes a la noche estaba sentado con él hablándole de la grave situación de Entre Ríos. Le dije que hacía falta muchísima plata para resolver el problema de los sueldos docentes y me dijo que contara con los fondos. Le planteé lo de Entre Ríos y me dijo que íbamos a ir juntos. Le aclaré que eran siete las provincias que no pagaban y que si íbamos a una, iban a pedir las otras. Me dijo: ‘Bueno, está todo’”, recordó hace un tiempo Daniel Filmus y completó la escena cuando al salir del despacho vio que esperaba el ministro de Economía.

—Néstor, afuera está Lavagna, ¿le digo?, porque si mañana se entera por los diarios me va a matar.

—Daniel, el Presidente soy yo —respondió Kirchner.

El flamante ministro de Educación partió el 27 de mayo de 2003 a Paraná. Poco después, Kirchner despejaría desde el sector militar de aeroparque a bordo de un Lear Jet para firmar el acuerdo con los gremios docentes y encauzar un conflicto que había impedido el inicio de clases en la provincia. Marta Maffei, la entonces titular de Ctera, le agradeció “el gesto de venir a la provincia a sólo 48 horas de la asunción del mando porque eso muestra que podemos empezar a acariciar la esperanza de que en la Argentina habrá soluciones para los problemas de los argentinos”.

“Pongamos fuerza, coraje, en hacer una Argentina diferente. Demostremos que se pueden llevar adelante las ideas que se tienen cuando se llega al gobierno. Entre todos, solo es imposible”, repitió Kirchner luego de tomarse unos mates en la rueda de prensa junto a gremialistas y



Telem

funcionarios. Una imagen que prologó el comienzo de una relación que modelaría otro escenario educativo, otro escenario nacional.

En esas primeras semanas Kirchner puso en valor el peso de la decisión política, demostró que el proyecto se encarna en quien ejerce con convicción y audacia el poder que le fue conferido por el voto popular. Es una amalgama que no admite fisuras.

Puso el cuerpo para resolver la huelga entrerriana, para promo-

ver el juicio político a los miembros de la mayoría automática de la Corte Suprema, para iniciar el proceso de Memoria, Verdad y Justicia y para rediscutir todos los términos de la negociación por la deuda externa.

Fue en esos primeros sesenta días que ese político desgarrado que venía del sur montó la estructura que le daría sustento a su mandato y se profundizaría durante las presidencias de Cristina Fernández de Kirchner. La magnitud de la crisis lo había llevado a la Rosada cuatro años antes de lo que había previsto esa pareja de militantes que venía construyendo su proyecto desde la intendencia de Río Gallegos, la gobernación de Santa Cruz y

las participaciones fundadas y disruptivas con el establishment de la diputada y senadora. Con el peso de ese adelantamiento y la urgencia por afianzar su autoridad tras una elección que terminó ganando con apenas el 22 por ciento de los votos ante el retiro de Menem en el ballottage, Kirchner sorprendió y desafió con decisiones que revivieron la creencia en la política como instrumento de transformación.

El sistema educativo llegó al 2003 particularmente golpeado

por la debacle económica que había derrumbado los salarios y las condiciones laborales. Tras la solución del conflicto en Entre Ríos empezaron a apagarse los incendios provinciales y a fines de ese mismo año se sancionó la Ley de Garantía del Salario Docente y la que establece el mínimo de 180 días de clases. En setiembre de 2005 la Ley de Educación Técnico Profesional subsanó el vacío en el que había caído la formación técnica. En enero de 2006 se convirtió en realidad la Ley de Financiamiento Educativo, un mojón que permitió el incremento sostenido de la inversión hasta llegar al 6 por ciento del PBI en 2010. En diciembre de 2006 se aprobó la Ley de Educación Nacional que extendió la obligatoriedad desde el preescolar hasta la secundaria.

Cada una de esas normas fue el andamiaje para actualizar un sistema que siempre demanda más. Los fundamentos de ese armado muestran la concreción de una apuesta por mejorar las condiciones materiales y poder avanzar en las condiciones reales de enseñanza-aprendizaje.

Néstor Kirchner puso el cuerpo en cada una de las batallas que emprendió para sacar a la Argentina del infierno, como solía decir. Obsesivo, siguió al detalle cada gasto y cada negociación.

Como representante de una generación diezmada puso el respeto por la vida en el centro de sus compromisos. Cuando en 2010 una patota ferroviaria asesinó a Mariano Ferreyra, un militante de 23 años del Partido Obrero que luchaba contra la tercerización laboral, Kirchner no paró hasta identificar a los responsables. Su corazón no resistió más. A la semana, el 27 de octubre de 2010, murió.

A veinte años de su asunción, un somero repaso por las decisiones que tomó reconcilia con la política.

Mucho más que la economía

Por Mario Wainfeld

Se cumplen 20 años, muchos datos se conocen, muchas anécdotas se repiten, tantas frases “son remera”. Néstor Kirchner llegó a la presidencia con “menos votos que pobres” describió Cristina. Cuatro años después Cristina Fernández de Kirchner duplicaría, redondeando, la escueta cosecha electoral de NK en 2003. Votos kirchneristas y no bajo la sombra del expresidente Eduardo Duhalde. Creció la economía, se crearon millones de puestos de trabajo, se repusieron las convenciones colectivas, se amplió la masa de jubilados, la Argentina se desendeudó respecto del Fondo Monetario Internacional (FMI). La reseña de los logros se queda corta y peca de economicismo si no se le da contexto. Kirchner consiguió algo superior y cualitativamente diferente a recuperar la economía arrancando desde el sótano y enfilando hacia el Purgatorio. Disponía de pocos votos, de escaso poder, ¿de poco tiempo? De poco tiempo, claro que sí. El establishment apretaba proclamando que había presidente por 100 días ... la presión resultaba creíble.

La crisis de 2001, que Kirchner entendió mejor que nadie, trascendía la esfera económica. Fue integral: Estado, sociedad civil, sistema democrático. El desempleo corroyó e hizo estallar vidas de millones de familias. No había moneda, varias provincias emitían simulacros para amortiguar la recesión. El Censo estuvo a punto de suspenderse por falta de dinero para comprar los insumos básicos, papeles, lápices. Con casi todos los docentes del país de paro se complicó conseguir censistas. Las jubilaciones se pagaban a la que criaste. El Estado te lo debo.

Las elecciones de 2001 trasuntaron la bronca ciudadana. El presidente radical Fernando de la Rúa terminó su mandato con masacres en las inmediaciones de Plaza de Mayo y en varias provincias. Las esperanzas electorales del entonces presidente peronista Eduardo Duhalde se troncharon con los asesinatos de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán en los que tuvo alta responsabilidad. El descreimiento colectivo era inconmensurable. El padrón ciudadano propaló dos mensajes en 2003. Votó “positivo” pronunciándose entre los aspirantes a la presidencia. Pero dividido, sin darle mucho crédito a ninguno. Kirchner salió segundo, no podía ilusionarse acerca de la luna de miel. La maniobra artera de Carlos Menem lo privó, así más no fuera, de ganar cómodo el ballottage.

Llegó con lo justo, sin crédito popular. Carente de legitimidad de origen tenía que construir la de ejercicio. Velozmente porque “la gente” andaba con pocas pulgas, se había acostumbrado a cargarse presidentes saliendo a la calle. Kirchner siempre tuvo en cuenta a la movida callejera, a su capacidad de knock out. ¿Demasiado en cuenta? Quién sabe, los recuerdos de los idus de diciembre de 2001 estaban frescos.

Kirchner resolvió hacerse cargo de una reparación integral. Del sistema político, del Estado, de la economía, de la autoestima de los argentinos. Minga de margen para

ofrecer “sangre, sudor y lágrimas” como promovían algunos: ya se habían derramado demasiadas pruebas de dolor y muerte sobre el suelo patrio.

Desde el primer momento sorprendió a los integrantes del Gabinete. Los instó, les exigiría cada mañana “una medida pro gente por día”. Contra todo sentido común dominante, con la necesidad como acicate.



Llegó para sorpresa de muchos y de sí mismo. Imaginaba una secuencia virtuosa, con prisas y sin pausas. Le cambiaron la agenda, lo complicaron, reaccionó, dobló apuestas. Primero fue la Corte Suprema menemista, cuya limpieza no figuraba en el breve borrador de los primeros cien días. Julio Nazareno lo quiso poner contra las cuerdas, domesticarlo... Duhalde no se había animado a llevar hasta el fin el juicio político. Con la misma integración del Congreso Kirchner supo, quiso y pudo. Pudo porque quiso.

Una movida del juez español Baltasar Garzón catalizó las decisiones históricas referidas a las leyes de la impunidad y los indultos. El magistrado pidió extradición de represores argentinos. Menem y De la Rúa los tutelaban alegando una farisea concepción de la soberanía. Un juez federal hizo lugar al pedido de extradición. Superando el mediocre brete de repetir las monsergas cómplices de sus predecesores o de autorizar el juzgamiento lejos de la Argentina Kirchner decidió ir a más, adelantó su calendario. “Hay que juzgarlos acá”. En minutos, mientras volvía en el Tango 01 a la Argentina. Solo se dio un respiro para cuestionar (o quien sabe algo más) a “ese gallego”, aludiendo impreciso al andaluz Garzón.

Adelantó los momentos, aunque lo atosigaran. Los nuevos desafíos no lo frenaban,



Cuando Kirchner terminó su mandato la Argentina era otra, cualitativamente mejor. Reconstrucción del aparato estatal, de la autoridad presidencial, de la solvencia pública. Ocupación plena de la sideral “capacidad ociosa” de la industria. Gente laburando, historias de vida reencauzadas, empresas recuperadas por sus trabajadores. Convivencia con los países hermanos y vecinos.

Cristina completaría doce años de estabilidad política, inserción regional. La continuidad democrática se correspondía a la satisfacción de necesidades. Certidumbres en la vida cotidiana, revalidaciones en el cuarto oscuro...

Entre 2003 y 2015 el kirchnerismo sobrellevó adversidades, cometió errores. Perdió votaciones importantes en las urnas y en el Congreso. Remontó el conflicto de las retenciones móviles, superó la crisis financiera mundial de 2008-2009 soslayada o subvalorada por las lecturas de derecha. Todo en un contexto de paz interior, cumplimiento de los calendarios electorales, mejoras en indicadores de todo tipo.

Mucho más que la economía, queda dicho. Paso a paso, siguiendo las lecciones del filósofo estoico Mostaza Merlo.

Kirchner miraba el cuadernito, medía las reservas en el Banco Central, los índices de desempleo, sus niveles de popularidad. Cada día, sin admitir reducciones. Había que reparar el barco mientras volvía a navegar. De inmediato porque la gente común, la sociedad civil, el Estado, la economía, “no daban más”. Comprender, contener, atender, satisfacer a una población adolorida y violenta supo ser su mejor virtud.

Cualquier semejanza con contingencias actuales queda a cargo de quien lea estas líneas.



El primer día del kirchnerismo

Por Felipe Yapur

¿Cuándo nació el kirchnerismo? ¿Hace 20 años cuando el 25 de mayo de 2003 Néstor Kirchner asumió la presidencia? ¿O fue, como algunos dicen, que nació en las calles cuando en 2008 se desató el conflicto con el campo por la resolución 125, esa que pergeñó plagada de errores el entonces ministro de Economía, Martín Lousteau? Hay otros momentos más posibles o probables. Todos y todas tienen una. Yo también.

Todas esas fechas o sucesos son más o menos momentos iniciáticos, de nacimiento, de parto de un movimiento político como el kirchnerismo que —a diferencia de otros que lo intentaron— pudo convertirse en un factor de poder, de gobierno y, sobre todo, de transformación de la Argentina. Un país que en su proceso de recuperación democrática había sufrido tropiezos, algunos más crueles que otros. Hiperinflación, leyes de impunidad, indultos, el invento de la convertibilidad, su caída y la represión del gobierno de la Alianza, con la UCR a la cabeza.

En ese momento y fruto de ese instante de la historia fue creciendo y desarrollándose —apenas sobre la superficie social y política— el kirchnerismo. Ese que hoy cumple 20 años con la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia y que, al momento de la asunción, convocó al pueblo a “construir prácticas colectivas de cooperación que superen los discursos individuales de oposición”.

¿Pero hay un día? Se dice que el peronismo nació el 17 de octubre de 1945. Pero para ese día antes tuvo que haber, por lo menos, un Perón en la Secretaría de Trabajo.

Entonces en esa búsqueda de la partida de nacimiento del kirchnerismo se puede pensar en el 7 de septiembre de 1987, cuando Kirchner se convirtió en intendente de la ciudad de Río Gallegos. Según relatan los memoriosos, desde el primer día le impuso una impronta que se desarrollaría a través de su carrera a la Casa Rosada. Mucha gestión, ordenamiento de las cuentas públicas y contención de los sectores más desprotegidos.

También se puede fijar como



INA

punto de partida el año 1991, cuando por primera vez ganó la gobernación de su provincia. Al fin y al cabo fue el debut del Frente para la Victoria Santacruceño. Pero era algo muy local, poco conocido para el resto del país.

El 3 de mayo de 1999, Kirchner compite y se convierte por tercera vez consecutiva en el gobernador de Santa Cruz. Le gana al armado menemista y radical con el que pretendían desplazarlo de la conducción provincial. “Y ya lo ve, y ya lo ve, es para Menem que lo mira por TV”, cantaba a voz en cuello la entonces diputada nacional Cristina Fernández de Kirchner. Las crónicas de esos días cuentan que lo hizo junto a un grupo de militantes cuando comenzaron a llegar los datos del escrutinio que confirmaban a Kirchner como gobernador.

Al día siguiente, en una charla

con **Página 12**, éste dijo que comenzaba su último mandato como gobernador y que tenía planeado competir por la presidencia en 2007. Consideraba que la entonces Alianza, previsible ganadora de las elecciones presidenciales, iba a estar dos mandatos seguidos. No contaba Kirchner con el desastre que sería el gobierno de Fernando de la Rúa y el violento final que tuvo.

Es por eso que el 25 de mayo de 2003 se puede considerar como “la” fecha de nacimiento del kirchnerismo. Ese día, ante la Asamblea Legislativa, Néstor Kirchner anticipó que su gobierno llegaba para “cambiar los paradigmas” y que ese proceso de cambio se debía hacer con “decisión y coraje”, sin caer en “jugadas mágicas o salvadoras ni en genialidades aisladas”. También avisó que para cambiar “importa aprovechar las diversidades sin anularlas”.

Ese día, en ese recinto de la Cámara de Diputados, Kirchner comenzaba a recuperar el papel principal del Estado como “reparador de las desigualdades sociales”, los valores de la solidaridad y la justicia social para transformar la sociedad, para que sea más equilibrada, más madura y más justa. Ese fue el día que confesó que había soñado toda su vida el país podía cambiar y, como que-

do en la memoria histórica, propuso el sueño de “una Argentina unida”: “Quiero una Argentina normal, quiero que seamos un país serio, pero, además, quiero un país más justo”.

Es verdad, este debería ser el día en que nació el kirchnerismo. Que todos los demás fueron imprescindibles y necesarios para que este movimiento político se transforme en una realidad. Pero como todas y todos tienen una fecha, yo también tengo la mía.

Me gusta pensar que entre el 2 y 3 de octubre de 1998 se produjo un alumbramiento. En esas dos jornadas, vividas en la lejanísima Patagonia, se reunió un grupo de dirigentes e intelectuales del peronismo en El Calafate, que le dio el nombre del grupo que allí surgió en un principio para elaborar líneas de acción de lo que debería ser un verdadero gobierno peronista. Por ese en-

tonces, Eduardo Duhalde se anotaba como precandidato presidencial y este espacio, que se podría llamar de centro izquierda, le otorgaba una pátina progresista que necesitaba para zafar de los años de la vicepresidencia con Menem.

El documento final fue aprobado por los presentes que, con el correr de los años y las circunstancias, se transformarían en funcionarios del gobierno de Kirchner. Después algunos cruzaron de vereda, se volvieron feroces críticos para luego —ante la mano abierta— volver a aliarse y a poco de andar volver a traicionar, como ocurre en la actualidad.

Lo valioso de ese documento es que bien podría considerarse como un Manifiesto Liminar. En esas 18 páginas se describe el país destruido por las políticas neoliberales, el peso de la deuda externa, la concentración mayor de la riqueza en unos pocos, “la precarización del trabajo y la desaparición de la una red de protección social”.

Allí se planteó la necesidad de que desde el Estado frene la desigualdad social, les otorgue mayor presencia y desarrollo a la salud y educación pública; la protección a los sectores más vulnerables y el desarrollo de políticas activas para crear empleos y mejorar la distribución del ingreso. En ese sentido habla el documento de la formación de un nuevo Estado a través de construcciones políticas colectivas, sin importar las pertenencias partidarias. Todo un anticipo de la transversalidad.

En esos días se habló de la elaboración de un nuevo contrato social, donde además de los sindicatos y las organizaciones patronales, participen también aquellos que habían quedado fuera del aparato productivo fruto de las políticas neoliberales.

Muchas de esas afirmaciones, ideas y propuestas se desarrollaron durante el gobierno de Néstor Kirchner y, sobre todo, en los dos siguientes de Cristina Kirchner, donde se profundizó y avanzó mucho más de lo que esbozaron aquellas 18 páginas. Es por eso y nada más que por eso que, si se quiere caprichosamente porque pude estar presente, le otorgo a esas jornadas la categoría de nacimiento (o uno de ellos) del kirchnerismo.

El deseo de recrear una burguesía nacional

Por Alfredo Zaiat

En abril de 2003 Néstor Kirchner, el presidente electo, no era sólo un inmenso interrogante político, sino que, en ese momento, pese a ser bastante desconocido en el espacio público nacional también formaba parte de la dirigencia que provocaba descreimiento social y en no pocos rechazos resumido en la consigna “que se vayan todos”.

En esos días turbulentos políticos y sociales y de incertidumbre extrema acerca de lo que se venía, en el frente económico Kirchner ofreció a la sociedad dos definiciones fundamentales: la primera, él sería el ministro de Economía, y la segunda, iba a mantener en ese cargo a quien lo ocupaba en la administración Duhalde, Roberto Lavagna. Fue un mensaje fundamental en términos políticos porque alteraba la secuencia de las últimas décadas, que consistía en la subordinación de la política a la economía. Proponía que desde ese momento la política determinaría la orientación de la política económica.

Para algunos puede parecer un hecho menor, formal y hasta insignificante, pero fue, entre otros, un aspecto fundacional del ciclo político del kirchnerismo y, aunque los economistas se resistan a aceptarlo, una de las razones –no la única– del ciclo económico extraordinario de los años siguientes.

El lugar central de la política, o sea del proyecto político, sobre la economía, es decir de las medidas económicas aplicadas para cumplir los objetivos políticos, fue una de las características centrales del proceso económico y social iniciado por Kirchner, que ha provocado, a pesar de limitaciones y contradicciones, un escenario de ten-

sión creciente con la tradicional conducta rentística de las elites empresariales.

Respecto a esto último, existe un momento preciso en el cual se puede identificar la génesis del kirchnerismo como expresión del Peronismo siglo XXI. Fue cuando Néstor Kirchner expuso el objetivo de recuperar una burguesía nacional como actor relevante del desarrollo capitalista en Argentina. Lo manifestó en el dis-

abierta oposición del bloque de poder económico.

En esos años hubo una sostenida recomposición de la industria y del empresariado nacional pero ésta no tuvo el salto cualitativo –intelectual y práctico– de convertirse en una burguesía nacional dinámica y comprometida con el desarrollo nacional. En el bloque de poder dominante, que actuó como conducción política del establishment, integrado por

crementara la inversión reproductiva, reinvertiera utilidades y disminuyera la fuga de capitales. El kirchnerismo lo intentó de diferentes maneras sin respuesta favorable. Se pueden identificar cuatro líneas de acción desde esa invitación inicial de Kirchner:

1. *Voluntarismo político*. Una serie de iniciativas que definieron condiciones macroeconómicas para motorizar un crecimiento elevado incentivando la in-

este ensayo de transitar un sendero de desarrollo capitalista con una burguesía dinámica en un entorno de inclusión social quedó en evidencia con la apuesta que hizo casi todo el arco empresarial por el proyecto neoliberal y antiindustrial de Mauricio Macri en 2015.

La primera iniciativa (voluntarismo político) no logró cambiar la conducta de las elites empresarias pese al extenso período de muy elevado crecimiento económico. La segunda consistió en el diseño de una estrategia de desplazamiento de operadoras multinacionales de empresas de servicios públicos privatizados, para que grupos económicos locales ocuparan ese lugar. El objetivo era “argentinizar” la administración de servicios públicos y actividades estratégicas, en un contexto de tarifas pesificadas y congeladas para impulsar el consumo doméstico y la industrialización. Los grupos locales no tuvieron que efectuar desembolsos relevantes para quedarse con las compañías.

En términos prácticos, el saldo de ambas iniciativas fue decepcionante. Las inversiones no aumentaron y mantuvieron la política de distribución creciente de dividendos, retirando recursos de planes de expansión. Los escasos resultados de estos caminos derivaron en varias estatizaciones.

Había también mucho de voluntarismo político en el plan de “argentinizar”, una especie de poción mágica que podría transformar las elites empresarias sólo por acercarles oportunidades de negocios. El punto de inflexión fue el conflicto con un sector del campo en 2008. Fue el primer indicio del agotamiento del proyecto ambicioso de recrear una burguesía nacional con el que inauguró Néstor Kirchner su ciclo político hace 20 años.



TELAM

curso inaugural de su presidencia en la Asamblea Legislativa, el 25 de mayo de 2003, del siguiente modo:

“En nuestro proyecto ubicamos en un lugar central la idea de reconstruir un capitalismo nacional que genere las alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente. No se trata de cerrarse al mundo. No es un problema de nacionalismo ultramontano, sino de inteligencia, observación y compromiso con la Nación. Basta ver cómo los países más desarrollados protegen a sus productores, a sus industrias y a sus trabajadores”.

Pasado 20 años la evaluación es que este objetivo no tuvo los resultados esperados respecto a reconstruir un capitalismo nacional, y no fue por falta de voluntad del kirchnerismo, sino por la indiferencia hasta terminar en

los grupos Clarín, Techint y Arcor, más bien hubo y sigue habiendo un enfrentamiento militante al kirchnerismo en sentido amplio (puede decirse también de militancia antiperonista), que incluyó a esa convocatoria inicial de Néstor Kirchner.

El saldo negativo de la propuesta ha sido notable. No logró que la elite empresaria, en un entorno económico favorable, in-

versión privada y la expansión de empresas nacionales, desalentando la fuga de capitales y apostando a la reinversión de los excedentes.

2. *“Argentinización”*. Facilitar el desembarco de empresarios nacionales en compañías privatizadas en manos de extranjeros.

3. *Estatizaciones*. Fue el resultado del fracaso de las dos iniciativas anteriores.

4. *Estratégico*. Diseñar un plan de sustitución de importaciones y de proteccionismo del mercado interno ante la irrupción de la restricción externa (escasez relativa de dólares en las reservas del Banco Central). Fue una iniciativa más que buscaba impulsar la creación de una nueva burguesía nacional o, por defecto, reciclar la existente en una que sea dinámica e innovadora.

La prueba de la frustración de

**El sueño
sigue
intacto.**

40
años
DEMOCRACIA